

11238

ALBERTO INSÚA Y TOMÁS BORRÁS

UNA MANO SUAVE

COMEDIA EN TRES ACTOS



MADRID

1 9 2 9

4



UNA MANO SUAVE

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

—

Copyright by Alberto Insúa y Tomás Borrás, 1929.

ALBERTO INSUA Y TOMAS BORRAS ^u y Bermejo

1891-

UNA MANO SUAVE

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Barcelona, de Barcelona, el 18 de diciembre de 1928, y en Madrid, en el teatro de la Zarzuela, el 1 de marzo de 1929, por la compañía Rivera-De Rosas.

DIBUJOS DE BARBERO



LA FARSA

NO III | 23 DE MARZO DE 1929 | NUM. 79
M A D R I D

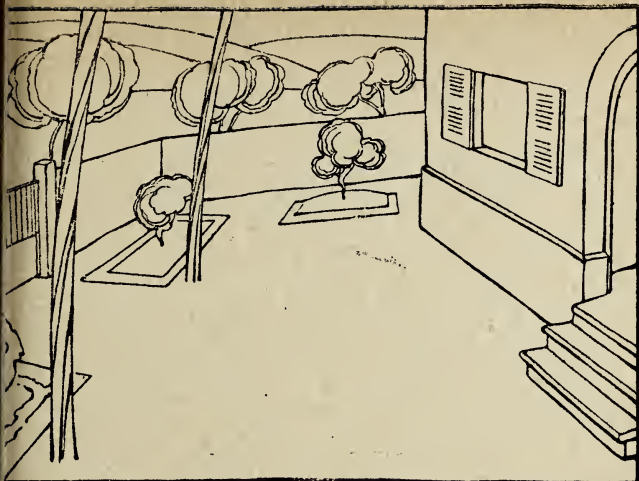
REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

| | |
|---|------------------------|
| <i>Mercedes</i> (veintiún años)..... | Matilde Rivera. |
| <i>Teresita</i> (diez y ocho años)..... | Maruja Gil Quesada. |
| <i>Asunción</i> (treinta y cinco años)... | Dora Martínez. |
| <i>Mamá Hortensia</i> (sesenta años)... | Pilar Gómez. |
| <i>Hipólita</i> (cincuenta y cinco años).. | Emilia Olcina. |
| <i>Pepa</i> } <i>Muchachas jóvenes</i> } | María Angélica Sarobe. |
| <i>Chichita</i> . } | Cecilia Sanjuán. |
| <i>Antoñito</i> (cuarenta y un años)..... | Enrique de Rosas. |
| <i>Leonardo</i> (veinte años)..... | Francisco Allende. |
| <i>Papá Antonio</i> (setenta años)..... | Mario Scfficci. |
| <i>Mr. La Roche</i> (cincuenta años) | Carlos Bellucci. |
| <i>Reletúa</i> (cincuenta y seis años).... | Ricardo de Rosas. |
| <i>Don Arturo</i> (sesenta años)..... | Santiago Gómez. |

En San Sebastián, en nuestros días, durante el verano.



ACTO PRIMERO

n de un hotel situado en uno de los montes que dominan la población. A la derecha del espectador está la casa. Al fondo, una valla verdadera, que se supone separa la finca y la carretera de subida. La valla tiene puerta de entrada a la izquierda de la escena. El punto de vista es de aspecto cursi. El hotel es modesto. Sillas de paja, una mesita, etc... Es por la tarde.

RELETÚA.—(Jardinero vasco, en mangas de camisa, con faja, pantalón azul, alpargatas y boina; está arreglando la valla, cuya hiedra ha sido arrancada y pisoteada por un lobo próximo a la fachada del hotel.) ¡Izutua nago! ¡Me cás!... ¡Ha aparecido HIPÓLITA, burgalesa, su mujer, de los mismos treinta y cinco años que tendrá Reletúa; tipo de sirvienta.)

HIPÓLITA.—¿Qué haces, hombre? ¿Qué murmuras ahí?

RELETÚA.—Miréis. (Enseñándola los desperfectos.) Un pantalón ya hay en la casa. No se piensa cezaquean. ¡Quién se lo llevaría!

HIPÓLITA.—Se dice fantasma.

RELETÚA.—Pantasma o pantasma, por aquí anoche te ha salido. ¡Izutua nago! Cogerle, ya le cogeré al pantasma.

HIPÓLITA.—No te metas en lo que no te importa. A lo
jor estaba citado con otra..., con otra fantasma.

RELETÚA.—Sí, ya me sé bien, ya me sé. Aquí en esta
pantasma te son todos. Miréis otro.

(Aparece TERESITA, muchacha de diez y ocho años, ves
de negro. Lleva rosario y velillo. Modesta, de aspecto
pólv.c.)

TERESITA.—Buenas tardes.

RELETÚA.—Betor Jaungoicoarequin.

HIPÓLITA.—Dios se las dé, señorita Teresa.

TERESITA.—Pero cómo, ¿no has ido con mi hermana M
cedes?

HIPÓLITA.—Me mandó que me quedase.

TERESITA.—¿Quién la ha acompañado entonces?

HIPÓLITA.—Vino don Arturo a tiempo que estaban aquí
señoritas del hotel de al lado y se fueron todos.

TERESITA.—¿Qué chica, y tú qué descuidada! No está
que mi hermana vaya con el novio sin una persona de la c
¿Dónde fueron?

RELETÚA.—A Bayona. Pero disgusto no te tomes. El n
viejo te es; pasarla nada, no puede pasarla.

TERESITA.—Vamos, Reletúa, a ti no te he preguntado.

RELETÚA.—Pues yo sí que te digo. Si más cuidado tend
con apariciones, mejor sería.

TERESITA.—¿Qué dice?

HIPÓLITA.—No le haga caso, señorita. Cállate.

RELETÚA.—El lengua para hablar me tengo. Aquí te tie
destrozada la planta..

TERESITA.—Bien, ¿y qué?

RELETÚA.—De noche, desde el camino, ¡sás! Entrar his
pantasma. A robar no era. Nosotros inorantes. Tu herm
sabrás.

HIPÓLITA.—¡Reletúa!

RELETÚA.—Reletúa dise, Reletúa avisa. Obligación que tie

TERESITA.—Y yo te lo agradezco, porque ya sé que lo ha
por bondad. (Se queda un poco pensativa.) Bien, hasta lue

HIPÓLITA.—Hasta luego, señorita.

(Sale Teresa por la puerta de la empalizada, a la izquier

RELETÚA.—A resar. Pantasma también te es.

HIPÓLITA.—La señorita Teresa es un ángel. A todos los
esta casa se los lleva el diablo, menos a la señorita, que se
lleva Dios.

RELETÚA.—Jaungoicoa... Recomendaciones me estoy bus
do que nos proteja a todos. ¿Los dose credos ya te resaste
prometí?

HIPÓLITA.—Los recé de mala gana... Y a ver si se te ac

costumbre. En cuanto haces un voto no es por tu cuenta, para que yo lo cumpla. Y eso no puede ser, no sirve.

LELETÚA.—¿El mujer y el marido, qué más da? Como si uno amos.

HIPÓLITA.—Pero yo soporto las consecuencias. Acuérdate de cuando estuvo don Antonio tan enfermo tuve que llevar un año porque tú lo prometiste si curaba.

LELETÚA.—Ropa que te ahorraste.

HIPÓLITA.—Y estos doce credos, ¿para qué eran?

LELETÚA.—Para que el señorito Antofñito se nos vuelva.

HIPÓLITA.—¡Me parece que ése!... Hace demasiados años voló. Las señoritas ni le recuerdan. Yo misma no podría ir cómo era.

LELETÚA.—Aleguere, aleguere... Jovensito simpático... Risas con él... La señorita Mercedes, con el pelo cortao, panones la pones y el padre te era.

HIPÓLITA.—Ahí viene el franchute; corre a avisar al señor.

LELETÚA.—Tú avísale. Arreglarme tengo la empalizada.

Hipólita entra. Aparece monsieur LA ROCHE, francés, de qué, con su barba característica y la consabida cinta de la Orden de Honor. Se abanica con un jipijapa. Marcado acento.)

LA ROCHE.—Buenas tardes. ¿Don Antonio?

LELETÚA.—Baita zuri ere.

LA ROCHE.—(Aparte.) Nunca entiendo a este sirviente (Alto.) ¿Podría avisarlo?

LELETÚA.—Ya te ha ido a avisar.

LA ROCHE.—(Aparte.) Siempre me tutea este criado. Es un scales.

Sale DON ANTONIO, viejo de sesenta años, bien conservado. Dirigē apresuradamente a monsieur La Roche, y sin saludarle extiende la mano como para recibir algo. El francés, que es muy ceremonioso, no ve el ademán porque está inclinado. Leletúa vuelve a la empalizada y la desarregla adrede para oírse a oír.)

DON ANTONIO.—¿Algo nuevo, mi querido La Roche? ¿Noticias? ¿Cheque?

LA ROCHE.—Pero déjeme saludarle. ¿Qué tal, don Antonio?

DON ANTONIO.—(Con su idea.) Y... ¿de cuánto? ¿De cuánto? (Reportándose.) ¡Ah! Perfectamente, ¿y usted?...

LA ROCHE.—¿Yo? Al pelo... Desde que pongo el pie en la España, al pelo.

DON ANTONIO.—Siéntese usted. (Se sientan.) De modo que ha venido usted a San Sebastián exclusivamente...

LA ROCHE.—A hablar de togos, don Antonio. Es imperdonable que en Biarritz no tengamos un cigculo tauguino. Es la sola ciudad del Mediodía de la Francia sin cigculo tauguino, y lo

que es peor, sin plaza... Hay que construir una plaza grande plaza, una plaza...

DON ANTONIO.—(Rozando el índice con el pulgar de la derecha.) ¿De cuánto? ¿De quince mil?

LA ROCHE.—Sí, quince mil o veinte mil; eso dependo de lo que me pague y de la construcción.

DON ANTONIO.—¿Pero de qué me habla usted, La Roche? Pregúntele la cantidad del cheque...

LA ROCHE.—¿Del cheque? ¡Ah, sí! Y yo pensaba en el pago de los espectadores de mi plaza. (Reletúa se lleva la mano a la sien; cree chiflado a monsieur La Roche. Hace mutismos.) Cada uno a su idea... Usted... (Hace la mímica de contar dinero.) Y yo... (Simula poner banderillas.) ¡Ja, ja! (Sacando su estilográfica y unos papeles.) Firme el cheque. Llegó hace tres días. Son quince mil pesetas.

DON ANTONIO.—(Con alegría.) ¡Quince mil!

LA ROCHE.—Aquí las tiene. (Las saca de la cartera. Don Antonio firma y toma los billetes.) Pego, ¿que le pasa? Está usted emocionado.

DON ANTONIO.—Sí, sí... Emocionado. No puedo recibir cartas de Antofito sin emocionarme. ¿Vendrá carta con el cheque?

LA ROCHE.—Nada de cagta. Ese muchacho es insoponible. No escribe. El cheque es de un Banco de California.

DON ANTONIO.—No escribe. No sabemos nada de él. ¿Hijo!

LA ROCHE.—(Generoso.) Usted no puede quejarse. La situación, que era sencillamente terrible, al concluir el proceso, ha mejorado. Como que yo creo que está usted mejor que antes.

DON ANTONIO.—Gracias a usted, que ha sido nuestra salvación. Y a mí, ¡ah!, y a mí, que en los casos graves me da una sangre fría, una serenidad... (Levantándose, paseándose.) Porque había que ver la situación. Había que verla...

LA ROCHE.—(Con calma.) Había que vigilar, como yo lo he hecho. Usted, con toda su sangre fría, se ofuscó. Ya creía a Antofito en la cárcel. Y Antofito pasó la frontera, y yo le embasé. ¿Cómo dicen ustedes en español *romanesque*?

DON ANTONIO.—Novelesco.

LA ROCHE.—Eso es. Antofito es un tipo novelesco. Le ha pasado cosas novelescas. Se casa a los diez y nueve años raptando a la novia por el balcón. Me consta que fué por el balcón. Le pasa lo novelesco. A los veinticuatro se enamora de una casada, y a los veinticinco se bate con el marido de esta mujer y lo hiere gravemente... Novelesco... La familia del esposo ultrarrápidamente exige a ustedes una indemnización.

DON ANTONIO.—Novelesco.

LA ROCHE.—Se paga y en paz.

DON ANTONIO.—¿Y en paz? Olvida usted el epilogo. Mi poe-
e nuera, que murió del disgusto...

LA ROCHE.—Y de bronconeumonía...

DON ANTONIO.—Los sufrimientos que le infligía Antoñito ha-
an ido minando su salud... Mi nuera, la pobre Mercedes, fué
a mártir.

LA ROCHE.—En esta casa todos son mágtires.

DON ANTONIO.—Usted siempre ha disculpado a mi hijo. ¡Pero
padre que no quiere a sus hijas, que nos las deja a mí y a
a santa de Hortensia casi con el biberón en la boca!...

LA ROCHE.—¡Alto ahí, don Antonio! Si Antoñito no quisiera
sus hijas; si fuega lo que se dice un padre desnaturalizado,
no le traería a usted dinero de su parte... Mire. Hace unos
torce años que marchó, y yo calculo, calculo, así de memo-
ria, que le he traído a usted de su parte unas trescientas mil
setas... No se queje. *Tout est bien qui finit bien.*

DON ANTONIO.—¿Pero quién le dice a usted que esto conclu-
e? Ahora empiezan otras dos novelas: las de las hijas. ¡Ah,
pero esas serán dos novelas ejemplares! Las firmaré yo.

LA ROCHE.—También es usted un tipo novelesco, don Anto-
o. Todos somos novelescos. Usted es el señor que se cree in-
hible, que no se equivoca nunca...

(Sale MAMÁ HORTENSIA, señora de sesenta años, opaca, in-
gnificante.)

DON ANTONIO.—Y usted... Calle. Ahí viene Hortensia, esa
anta...

LA ROCHE.—(Yendo hacia ella.) Señoga mía. (La besa la
ano.)

MAMÁ HORTENSIA.—¿Qué tal, La Roche? ¿Me trajo las pildo-
as que le encargué?

LA ROCHE.—¿Qué pildogas?

MAMÁ HORTENSIA.—(Sentándose, con un suspiro.) No las
rajo... Apúntaselas en un papel, Antonio, para que no se le
viden.

DON ANTONIO.—(Como quien sigue una manía.) Sí.

LA ROCHE.—¿Nada nuevo, doña Hortensia?

HORTENSIA.—Nada. Teresita ha ido a la novena de Nuestra
ñora. Ya se acerca la Natividad. Y Mercéditas a Biarritz. To-
haba parte en un concurso hípico.

LA ROCHE.—Cada una a lo suyo.

HORTENSIA.—Sí.

DON ANTONIO.—La Roche nos ha traído noticias de Antoñito.
parece que está en California...

HORTENSIA.—(Animándose.) ¿Ah, sí? ¿Qué alegría! ¿Y está

bien? ¿Está bien? ¿Ha habido carta? (*Don Antonio va a dar una que no. La Roche se adelanta.*)

LA ROCHE.—Sí, pregunta por todos. Manda recuegodos.

HORTENSIA.—Ya habría que decirle lo de las chicas.

DON ANTONIO.—No... Hasta última hora no hay que decir nada. El me dejó amplios poderes. Yo soy, en realidad, el padre de las niñas. Hortensia y yo queremos asegurar el porvenir de nuestras nietas... Yo estoy bien, no padezco ninguna lesión orgánica; pero... a mis años no se sabe... A Hortensia la ve usted...

HORTENSIA.—¡Ay, yo estoy mal, muy mal! Siento una fatiga, un acabamiento. ¿Por qué olvidó esas píldoras? Dijo que rejuvenecen... El licor del otro día no me dió resultado.

LA ROCHE.—Ya probó todo lo que anuncian en los periódicos, y está usted viva. Tiene usted una salud de hierro. ¡Ja, ja, ja!

HORTENSIA.—¡Ji, ji, ji! (*Con risita de enferma.*) ¡Ojalá más quisiera yo!

DON ANTONIO.—Bueno, es necesario vivir hasta dejar asegurado el porvenir de nuestras hijas. Viviremos. ¡Sabe usted con qué angustias! Pero, en fin, Mercedes se casa, y bien a su gusto...

LA ROCHE.—(*Con retintín.*) ¿Y al de ustedes?

DON ANTONIO.—(*Con energía.*) Y al nuestro, sí, señor; al nuestro... ¿O es que usted admitiría que la diéramos por marido al otro, a ese badulaque de Leonardo Orovio, que cree un Espronceda o un Musset y es... un perfecto vago, bohemio?

LA ROCHE.—(*Sacudiendo los brazos.*) Basta, basta. Yo digo sino lo que he dicho. Que la boda de Mercedes con don Arturo es un *mariage de raison*, y que...

DON ANTONIO.—Ella está encantada de ser millonaria. Pero el asunto de Teresita...

LA ROCHE.—Le parece más grave, ¿no es eso?

DON ANTONIO.—Me lo pareció. Pero ya no me lo parece. Teresita ha nacido para ser monja. No cabe duda que es una mística. Su vocación es profunda, razonada, inflexible... Yo la combatí, la combatimos... (*Mirando a Hortensia.*) Pero...

LA ROCHE.—La vocación pudo más. Yo no sé. No entiendo de estas cosas. Son demasiado íntimas, de cada uno, de cada casa. Yo no digo nada, nada...

DON ANTONIO.—Esa neutralidad, amigo La Roche, equivale en usted, que tanto nos quiere, a una censura...

LA ROCHE.—¡Oh, no! Pero yo no soy profeta; nadie sabe lo que puede ocurrir. (*Con amable ironía.*) Es decir, lo que usted, que no se equivoca nunca...

DON ANTONIO.—Este francés, con qué gracia me dispara la cha. (*Paseándose.*) Pues sí. Estoy tranquilo, seguro.

LA ROCHE.—*Tant mieux.* Me alegro. Me alegro, de vegas, me magcho. ¿Qué hora es? Las seis. ¡Sapristi! Me voy andando. *Au revoir*, don Antonio... Doña Hortensia...

(*Les estrecha apresuradísimo las manos.*)

DON ANTONIO.—Pero ¿qué le pasa?

LA ROCHE.—Que tengo a las seis, en el Kutz, junta de afianzados y capitalistas. Vegá usted cómo hacemos la plaza, plaza de Biarritz. (*Dando un pase con el sombrero.*) ¡Olé! *Le pone el sombrero.*) *Au revoir...*

(*Al salir tropieza con LEONARDO OROVIO, el poeta, que aparece muy descompuesto. MONSIEUR LA ROCHE y LEONARDO se miran un instante, sin disculparse, sin saber qué decir. Se ve tubear a LA ROCHE. Deja que los viejos se las entiendan en el poeta, y escapa.*)

DON ANTONIO.—(*A Leonardo, que está jadeante.*) Caballero, ¿me explico...

LEONARDO.—(*Irguiéndose.*) A eso he venido, a que hablémos claro...

DON ANTONIO.—Haga el favor de retirarse. Nada tenemos que decirnos.

HORTENSIA.—¡Jesús, Jesús!

LEONARDO.—Usted no tendrá nada que decirme a mí. Pero yo a usted, yo a ustedes, ¡vaya si tengo que decirles cosas! para que no las dijese, ¿me oye usted, don Antonio?, tendría usted que matarme...

HORTENSIA.—¡Jesús!

LEONARDO.—No se asuste, señora. Vengo a decirles cómo se llama lo que han hecho ustedes con Merceditas y conmigo...

DON ANTONIO.—No vocifere... ¡Márchese!...

LEONARDO.—Se llama un crimen. Es un crimen de lesa amor, de lesa juventud. No se ría usted, don Antonio, no se ría usted. Es un crimen de lesa amor, porque Merceditas me quería, no como yo a ella, ¡claro!, pero me quería; y usted, ustedes (*Mirando a doña Hortensia, que está amedrentada*), con su frialdad senil, con su egoísmo de viejos que tienen el corazón atrofiado...

DON ANTONIO.—(*Amenazador.*) ¡Fuera de aquí, loco, insolente!...

HORTENSIA.—¡Por Dios, Leonardo, retírese! Otro día, con más calma, hablaremos.

LEONARDO.—(*Imponiéndose.*) No, no me marchó. Merceditas se habría casado conmigo; pero ustedes, explotando su frivolidad, su vanidad, han hecho de ella esa mujer lamentable que no debería existir: la mujer joven que se vende a un

viejo. Ustedes me han vendido la novia, y eso es una
mia, uno de esos crímenes blancos que se cometen todos
días, pero que al elegir sus víctimas en hombres como
no suelen quedar impunes...

DON ANTONIO.—Amenazas. Ahora, amenazas... (*Conten
do la cólera.*) Bueno, ya está bien. Ya nos soltó la roci
¡Váyase!... ¡De sobra sabe que mi nieta no le quería!
otros hemos procedido de modo irreprochable.

LEONARDO.—¡Ah! Salvándose las formas, a ustedes les
rece bien lo más monstruoso. Si cegaba por el amor. Y
ceditas hubiese caído conmigo, eso no se lo hubieran pe
nado; lo llamarían deshonor, ocultarían el hecho a las m
das de todos. Y sin embargo, sería exceso de amor, ex
de vida... Pero exhibirla como en una subasta, adular la
sión senil de un pobre diablo, discutir su precio con la
y, por fin, entregarla legalmente ante un cura y un nota
eso sí es correcto y decoroso y está dentro de las bue
formas.

DON ANTONIO.—Lo que no es correcto es lo que está u
haciendo, y no se lo permito un segundo más.

LEONARDO.—Ya sé que querer, y desesperarse, y llorar
Merceditas; ya sé que defender nuestro cariño no es de bu
educación, entre ustedes. Sin embargo...

HORTENSIA.—¡Nuestro cariño, dice!... Será el de usted, y
que el de ella, no le ha tenido nunca.

LEONARDO.—Le tuve y le sigo teniendo. No lo puedo due
Lo comprobé aquí anoche mismo.

DON ANTONIO.—Eso es un alarde de vanidad ridícula
una insinuación de tal índole, que... si no se marcha ah
mismo..., me veré obligado... (*Hace ademán de buscar a
quien.*) ¡Reletúa!

(*Aparece RELETÚA.*)

DON ANTONIO.—Acompañe a este señor hasta ahí fuera.

LEONARDO.—Me marchó. Ahí se quedan todos juntos, p
separados por sus egoísmos, por su ignorancia, por su n
do a la verdad y a la vida.

RELETÚA.—(*Amenazador.*) ¡Fuera!

LEONARDO.—(*Con exaltación valerosa.*) Usted, Don Anton
es un viejo avaro y materialista. Usted, doña Hortensia...,
sé... Una simple tiranizada por su esposo.

HORTENSIA.—(*Gimoteando.*) ¡Yo tiranizada? ¡Dios mío, yo.

RELETÚA.—(*Empujándole.*) ¡Ay! ¡Me cas! ¡Que ya es agu
tar mucho, pues!

(*Aparece TERESITA.*)

TERESITA.—(*A Reletúa.*) Suéltale.

RELETÚA.—Como trapos nos ha puesto.

TERESITA.—¡Suéltale! (*Obedece Reletúa. A Leonardo.*) ¿A qué estos extremos? ¿Por qué no hablar amistosamente con nosotros?

LEONARDO.—Yo no soy amigo de ustedes.

DON ANTONIO.—(*A media voz.*) Vamos, Teresita.

TERESITA.—(*A Leonardo.*) ¿Ni de mí?

LEONARDO.—(*Considerándola, titubeando entre la delicadeza la verdad.*) Ni de usted.

TERESITA.—(*Con modestia ejemplar.*) Pues dígame lo que me hecho...

LEONARDO.—Nada.

TERESITA.—¿Entonces?

LEONARDO.—Precisamente. Si usted hubiera hecho algo en esta casa..., con su espíritu ansioso de santidad..., se rebelaría contra la monstruosidad de unir a Mercedes con un hombre que puede ser su abuelo, no digo su padre... Por lo visto, se propone ser una santita indiferente a cuanto no sea su salvación. Para usted la gloria futura, con sus cánticos angelicales... Para los demás el infierno terrestre, con sus miserias y sus vilezas... Por todo eso, Teresita, no soy amigo de usted.

TERESITA.—Me juzga sin conocerme, amigo Leonardo. Nunca me preguntó. Yo no sé si la felicidad de mi hermana depende de que se case con usted. Pero si quisiera oírme, no se casaría con don Arturo...

LEONARDO.—Gracias, Teresita... Me producen un inmenso consuelo sus palabras, pero...

RELETÚA.—(*Empujándole ligeramente a una orden muda de don Antonio.*) ¡Andéis!

LEONARDO.—(*Conmovido por la actitud de Teresita.*) Sí, me voy.

(*Se va. Mamá Hortensia se lleva el pañuelo a los ojos. Don Antonio, cabizbajo y con las manos en los bolsillos, pasea de un lado a otro. Reletúa, viendo alejarse a Leonardo, se rasca la cabeza y se pone a arreglar la empalizada.*)

TERESITA.—(*Acercándose a mamá Hortensia.*) Mamá Hortensia, no llores, que tú no tienes la culpa...

DON ANTONIO.—(*Deteniéndose irritado.*) ¿Cómo? Entonces, ¿la culpa es mía? Por lo visto te pones de parte del bohemio.

TERESITA.—(*Con dulzura.*) No, papá Antonio, ¿qué he de ponerme? Pero si me autorizas a darte mi opinión...

DON ANTONIO.—Acabo de oírlo. Arturo te parece demasiado viejo para tu hermana...

TERESITA.—No es que me lo parezca, sino que lo es...

DON ANTONIO.—Bueno, Teresita, no vamos a perdernos en explicaciones. Tu vocación es consagrarte a la vida religiosa, y la respetamos. Lá de tu hermana, brillar en el mundo,

y Hortensia y yo no hemos hecho sino ayudarla. Le bastó que Arturo le insinuase su simpatía, para romper con el otro. Tú lo sabes.

TERESITA.—Sí. ¡Pobre Mercedes!

DON ANTONIO.—No la compadezcas.

TERESITA.—Me da una lástima profunda. Todavía es tiempo, papá Antonio, para impedir...

DON ANTONIO.—(Airado.) ¿Qué dices?

TERESITA.—Recuerda, por Dios, que la situación de nuestra casa ha sido originada por un momento de locura, de arrebatos de papá.

DON ANTONIO.—¿Es que me tienes por loco?

TERESITA.—No, abuelito. ¿Cómo voy a ofenderte? Temo que ese muchacho, herido en su afecto...

HORTENSIA.—Nos defenderán; nos iremos de aquí en último caso.

TERESITA.—Podéis equivocaros. Todos cometemos errores. Hay que contar con papá. Quizás él opine de diferente manera.

DON ANTONIO.—¿Pedirle consejo a tu padre? Eso sí que sería bueno. Sería tanto como ir a pedir razón a una casa de orates.

TERESITA.—Papá...

DON ANTONIO.—De modo que yo, que soy un hombre viejo, de experiencia, de carácter sentado, de vida morigerada y decente, me equivoco; y tu padre, que hizo un disparate al casarse, otro al enamorarse de una casada; tu padre, que no se ocupa de nosotros ni nos escribe...

TERESITA.—Papa Antonio, había un proceso, le perseguía, estaba huído: miedo de dejar rastros.

HORTENSIA.—Discúlpale... No nos quiere, no quiere a tu madre.

TERESITA.—Mamá, no te ha abandonado.

DON ANTONIO.—Bueno, basta. Eres una chiquilla. No sabes del mundo, ni el mundo te importa, puesto que renuncias a él. De modo que no te entrometas. ¡Tendría que ver que yo no supiera lo que hago!

TERESITA.—Bien, sí. Perdóname, abuelito.

(Se oyen el motor y la bocina de un automóvil.)

RELETÚA.—El automóvil de don Arturo te llega con la señorita.

DON ANTONIO.—(A mamá Hortensia.) Ea, que no te sorprendas gimoteando. Y tú, Teresita, vas a hacerme el favor de reservar en lo sucesivo tus opiniones para tu fuero interno.

TERESITA.—Lo que mandes, papá Antonio. No te enfades. (Le da un beso.)

(Han entrado: MERCEDES, con traje de montar a caballo)

PA y CHICHITA, muchachas de distintas edades, pero de menos de veinte años, y DON ARTURO, viejo atildadísimo. MERCEDES se distingue por su silueta moderna. DON ARTURO, ve que procura, con las artes cosméticas y las del sastre, combatir los estragos de la edad.)

MERCEDES.—Nous sommes arrivés!

CHICHITA.—¡Felices, vecinitos!...

PEPA.—¡Buenísimas!

(Saludos, besos, etc.)

DON ARTURO.—¿Cómo vamos desde ayer, querido don Antonio?

DON ANTONIO.—Tirando, tirando...

DON ARTURO.—¿Y la carísima mamá Hortensia?

HORTENSIA.—Yo ni tirando siquiera... Estoy muy pachucha... El mejor día se para el reloj, y adiós.

MERCEDES.—Será el peor día, mamá Hortensia.

DON ARTURO.—Siempre tan aprensiva... Vamos, vamos, no queje usted...

MERCEDES.—No conseguirá usted nada, no la predique.

HORTENSIA.—¡Tengo tantas enfermedades!

TERESITA.—No tiene más que una: aprensión.

MERCEDES.—Tiene otra.

HORTENSIA.—¿Cuál?

MERCEDES.—Neurastenia. Y ya saben ustedes lo que es la neurastenia: una enfermedad que padecen los que rodean enfermo.

TERESITA.—¡Mercedes!

HORTENSIA.—Déjala, déjala; que se burle...; es una descasada; sale a su padre.

MERCEDES.—Es que papá...

TERESITA.—(Cortando la cuestión.) Bueno, basta. Merceditas, has propasado. Mamá Hortensia, ¿no te hará daño el fresquillo que corre? Viene mucha brisa del mar.

HORTENSIA.—Sí, sí; me meteré dentro. Enciende la estufa eléctrica. Y no me vendría mal una tacita de algo.

TERESITA.—(Llevándola abrazada.) Sí, sí, mamá; tú no has caso a Merceditas. Hay que cuidarte... Ven, ven conmigo.

PEPA.—¿No vuelves? Tenemos una burrada de cosas que contar.

TERESITA.—Me quedo dentro un ratito con mamá Hortensia, haciéndola compañía. La verdad, las burradas no me seducen mucho... Pero ya saldré. Diviértanse ustedes... Vamos, vamos, mamá... Hasta luego.

HORTENSIA.—Con su permiso... Volveré a despedirme.

DON ARTURO.—No faltaba más, señora.

LAS MUCHACHAS.—Hasta luego, mamá Hortensia, hasta luego.

(*Entran mamá Hortensia haciéndose la enferma, y Teresita, ayudándola. Papá Antonio está algo alejado, sentado en uno de los sillones de mimbre, pensativo.*)

PEPA.—¡Tu hermana me está largando siempre unas indrectas!

MERCEDES.—No la hagas caso; ya sabes que es el padre Ripalda con horquillas.

PEPA.—Ya, ya. A mí me dice que soy frívola, demasiada frívola, y a saber si ella no tendrá otro defecto. Porque nuestra edad todas venimos a ser lo mismo. Sólo que a ella le gusta aparentar seriedad. Y por eso siempre anda vestida de negro, para imponer respeto. A lo mejor viste así por lo que muchas beatas: porque el negro la sienta mejor.

CHICHITA.—¡Azúcar! (*Siguen hablando entre ellas.*)

DON ARTURO.—(*A don Antonio.*) Perdone si hemos venido un poquito tarde. Mercedes, después de montar en el concurso hípico, quiso llegarse hasta Bayona.

DON ANTONIO.—¿No quieren ustedes tomar el té? Mercedes, hija, llama a Hipólita.

CHICHITA.—No se moleste, no; ya le hemos tomado en Bayona.

DON ARTURO.—Sí, en los soportales.

MERCEDITAS.—Va gente muy *chic*. Todos españoles.

PEPA.—¡Ay, hija, da gusto ir a Biarritz y a Bayona, porque no tienes que hablar francés! En cambio, en San Sebastián todas nos las damos de parisinas, y venga el *bulevar* y *á alé vú*, y *coman vu porte vu*, y esto es *la mer*.

CHICHITA.—¡Azúcar!

MERCEDES.—Pues sí; ahora a los franceses de por aquí les ha dado por nuestro idioma. Y que resulta lo más elegante el español hablado por franceses.

CHICHITA.—Te diré: pronuncian unas erres que parece que están mascando clavos. No pueden manejar nuestra lengua.

PEPA.—¡Azúcar! No siempre lo vas a decir tú.

DON ANTONIO.—¡Estas niñas, estas niñas!... Lucen el ingenio, pero... pero...

MERCEDES.—Papá Antonio, no te molestes. Las reconvencciones, a cargo de Teresita.

DON ANTONIO.—Bien, bien... ¿A quién han visto ustedes en Bayona? ¿Muchos conocidos?

MERCEDES.—A los de Nacarino. Estaban en la mesa de al lado.

CHICHITA.—Y muy acaramelados.

PEPA.—Está en franca decadencia esa mujer. Ya le gusta el marido.

DON ARTURO.—Como es su obligación.

N ANTONIO.—Obligación sagrada.

ERCEDES.—Sí, pero como han dado tanto que hablar...

N ANTONIO.—Tanto que hablar a mocosas como vosotras, ya opináis de todo así, sin ton ni son, y no os paráis en las.

ICHITA.—Claro que es muy explicable que su esposo le de. A mí me pasaría lo mismo.

PA.—Si se me permite una objeción.

ERCEDES.— (*Aparte.*) ¡Cuidado con lo que vas a decir; el lo está moscas tres!

PA.—No se asusten ustedes. ¿A que me han tomado por *infán terrible?*... ¿Lo ven? Como estamos en San Sebastián ya hablamos francés.

N ANTONIO.—Bueno, dinos, diablillo.

PA.—Pues yo encuentro natural que a la de Nacarino guste Nacarino, porque ya ha cumplido él los cincuenta y cinco años.

N ANTONIO.—¿Cómo?

N ARTURO.—Es interesante. A ver, a ver...

PA.—Sí. Ahora se estilan los hombres mayores de cincuenta años. Antes, el tipo era el adolescente romántico: poca carne, palidez... Un niño, un verdadero niño que parecía un niño. En cuanto un muchacho se afeitaba, perdía personalidad, se quedaba *fané*. Después vino la moda del deporte. Este iba siempre con muchos pedazos de carne al aire; piernas, el descote, los brazos... Y los nadadores no digamos. Tipo muscular, recio, con mucho cogote.

ICHITA.—Y esta moda de ahora, la de los hombres fuertes, ¿a qué se debe?

PA.—A que se han agotado las existencias de hombres. La guerra barrió la juventud. Sólo queda lo que llamaban Francia los territoriales. Así es que hoy un hombre de cincuenta a sesenta años, está en su punto. ¡Como no podemos esperar a que crezca la otra generación!

N ANTONIO.—Muy original, pero no me convence.

N ARTURO.—Hay otras modas que nunca pasan. Un hombre aparte de la edad, vale por su corazón y por su talento.

PA.—Hablabas en términos generales. Describía el figurín de un hombre que hoy se lleva. Y es que dicen que hoy cada hombre toca a unas quince mujeres.

ERCEDES.—Quiere decir que esa es la proporción. De modo que con quince, le corresponden trece más que lo que se acostumbraba.

ICHITA.—No serán tantas.

ERCEDES.—Siempre se exagera.

PA.—Sí; yo he averiguado que no hay tantas mujeres.

Habrá cinco o seis para cada hombre. Las demás no mujeres: son feministas.

DON ANTONIO.—Feministas de pelo corto.

DON ARTURO.—Y de traje corto.

DON ANTONIO.—Y tan corto. El otro día me contaron en un banquete diplomático se sentó una señora enfrente uno de esos moscones, de uno de esos que juegan al *flirt*, o como se pronuncie. A los postres, le dijo la señora "Estoy enojada con usted porque es poco galante. Lleva dos horas de conversación, y no me ha dicho nada de traje..." "Perdón, señora—respondió él—; pero ¿dónde el traje?"

PEPA.—¡Si vamos a exagerar!...

DON ARTURO.—Pero eso da idea de las costumbres... la verdad, no transijo mucho con las de ahora.

CHICHITA.—¿Pues cómo concibe usted a la mujer casa

DON ARTURO.—Como antes.

CHICHITA.—¿Como mamá Hortensia?

DON ARTURO.—Sí.

MERCEDES.—Pero con menos enfermedades.

DON ANTONIO.—Déjanos alguna manía a los viejos. La tu abuela es inofensiva.

TERESITA.—(*Apareciendo.*) Mamá se ha quedado traspa

DON ARTURO.—¡Por Dios!... Ya nos hacemos cargo... Ay te de que ya me voy. Tengo que tratar de negocios en el tel. He citado gente.

TERESITA.—Los negocios siempre. ¿No le basta a us con el dineral que tiene?

DON ARTURO.—Son mi vida. No sabría estar ocioso.

DON ANTONIO.—Descanse, hombre, descanse.

DON ARTURO.—No me es posible. Mañana quizás tenga irme al Havre. Esa línea de turismo que quiero estable me trae muy preocupado.

MERCEDES.—¿Se va usted a Francia?

DON ARTURO.—¿Quieren venir? Llegaremos hasta París, o pués de estar en el Havre unas horas.

TERESITA.—Por mi parte, se lo agradezco, pero renuncio

CHICHITA.—¿Va usted en automóvil?

DON ARTURO.—Sí.

PEPA.—Naturalmente; con ese ocho cilindros en línea va al fin del mundo.

MERCEDES.—Es una cama que vuela.

PEPA.—Bonita frase para un anuncio.

DON ARTURO.—Bueno, ¿se animan? Dos días en París. ¿E voluntarias?

- MERCEDES.—Yo espero aquí.
- RICHIITA.—Nosotras vamos a ir con la familia un día de Plán doméstico. No podemos pasar en las compras de sombreros.
- PA.—¿Una semanita de correría con usted? No nos den. Si fuera con un joven. Pero usted es peligroso: está en la edad de moda.
- DON ARTURO.—No sé si agradecerlo.
- MERESITA.—No le haga caso.
- RICHIITA.—Bien; vámonos, que si no, Teresita se enfada.
- MERESITA.—Yo no me enfado. Lo que sí querría es que me dais más juicio.
- PA.—Adiós, Mercedes, Teresa, don Arturo y don Antonio.
- RICHIITA.—Avísenos, don Antonio, si hay machón esta noche. En casa nos aburrimos como ostras. Si no llegamos a conocer unos vecinos tan simpáticos...
- DON ANTONIO.—Muchas gracias. Vosotras sí que nos hacéis agradable la vida.
- PA.—Gracias, don Arturo, y *au revoir*.
- DON ARTURO.—A sus pies. (*Besos, apretones de manos. Se va.*) De estas chicas de hoy en día no sabe uno qué pensar.
- MERESITA.—Sí que lo sabe uno, pero se lo calla.
- DON ARTURO.—A saber lo que pensarán ellas de nosotros..., lo callarán también.
- MERCEDES.—Yo me considero chica de hoy, y no pienso nada de eso. Y en cuanto a callarme si lo pensara, nada de eso. Pámonos más atrevidas, precisamente, porque pensamos en voz alta; porque decimos lo que antes se callaba hipócritamente.
- MERESITA.—No todo es hipocresía. A veces lo que tú llamas hipocresía yo le llamo buena educación.
- DON ANTONIO.—No disputéis. Nosotros no vamos a arreglar el mundo.
- DON ARTURO.—Yo siempre votaré por Merceditas. (*Aparte, a la.*) Es usted mi corazón; y como usted es tan joven, tiene el corazón joven.
- MERCEDES.—Muy fino. (*Le extiende la mano.*)
- DON ARTURO.—¿Puedo atreverme a besarla? (*Por la mano.*)
- MERCEDES.—Es la primera vez que oigo a un caballero preguntar: "¿Puedo ser atrevido?" Si yo le doy permiso, ¿dónde está el atrevimiento?
- DON ARTURO.—En todo es usted encantadora. (*Le besa la mano.*)
- MERESITA.—Papá Antonio, tú también debías irte dentro. Me he refrescado mucho la tarde.
- DON ANTONIO.—Allá voy. Felices, Arturo.

DON ARTURO.—Hasta siempre. (*Se estrechan la mano.*)
Teresita... (*Nuevo saludo. Don Arturo se entra.*)

TERESITA.—Que no corra usted mucho en ese endiablado coche.

DON ARTURO.—No hay cuidado. Me protege un ángel.
dice por Mercedes. Se inclina, y se va.)

TERESITA.—¿Un ángel tú? ¡Qué bien disfrazado!

MERCEDES.—Bueno, sermones no; hasta luego.

TERESITA.—Espera, tenemos que hablar. Por eso he hecho que papá Antonio entrara en casa.

MERCEDES.—¿Qué ocurre?

TERESITA.—Sabrás que Leonardo ha estado aquí.

MERCEDES.—(*Sentándose, cruzando las piernas.*) Me lo ponía. Le he visto desde el auto. Y él me vió a mí. (*Se ríe.*) Puso una cara...

TERESA.—(*Con gravedad.*) Y eso, todo eso... ¿te da risa a mí, no sé... Yo no he sido nunca novia de nadie..., pero vamos, en un caso así... Yo... yo me habría ocultado en el fondo del coche para que no me viera.

MERCEDES.—No necesitaré decirte que no le grité "¡Adiós Leonardo!", porque Arturo venía conmigo... Así y todo las compuse para hacerle una seña de simpatía.

TERESITA.—(*Ingenua.*) No te entiendo... ¿Una seña de simpatía?

MERCEDES.—Sí, mujer. Una sonrisa, un gesto, algo... Para que el muy tonto comprenda que no debe ponerse así.

TERESITA.—Sigo sin entenderte. Leonardo está indignado furioso.

MERCEDES.—Ya lo sé. En trágico; ve la vida en trágico. es una verdadera lástima. (*Saca un cigarrillo y lo enciende.*) Fuma.) Con lo simpático que es...

TERESITA.—Ante todo, tira ese cigarro...

MERCEDES.—¡Amos, anda!... Fumar no es pecado. No inventes tú ahora que es pecado.

TERESITA.—Lo es. Toda mujer que imita al hombre en sus costumbres y en sus modales, peca...

MERCEDES.—(*Lanzando una bocanada de humo.*) Pues que me queros...

TERESITA.—Eres... Eres... (*No encuentra la palabra.*) Sí, te mucha lástima de ti...

MERCEDES.—Te lo agradezco.

TERESITA.—¿Cómo siendo hermanas somos tan distintas?

MERCEDES.—Pues sí que sería divertido el mundo si todos pareciésemos; si tener una docena de hijos, pongo por caso fuera como comprar una docena de cuchillos... Se te ocurre cada tontería, Teresa...

ERESITA.—(*Sin hacerla caso.*) Escucha, Merceditas... Si tú hubiéramos tenido siempre a nuestra madre... ¿Pensar que no me acuerdo de mamá! ¿Tú no piensas nunca en mamá?

MERCEDES.—Sí pienso... y la recuerdo. Erá guapísima. ¿Ele- te? No sé... Con aquellas modas... Además, los retratos...

ERESITA.—Pero los retratos no hablan. ¿Tú te acuerdas de voz de mamá?

MERCEDES.—No. (*Pausa.*)

ERESITA.—Y de papá, ¿te acuerdas?

MERCEDES.—Más que de mamá. Pero, de los dos, vagamente. ¿qué vienen todas esas preguntas? No sé cómo te las compo- , pero me transmites algo de tristeza.

ERESITA.—Quisiera que fueses de otro modo.

MERCEDES.—(*Levantándose.*) Eso no, ¿sabes? Yo no intento cambios de ideas. Déjame tú a mí con las mías. A ti te gusta religión; supones que serás feliz en el convento y te vas al viento. Admirable. A mi me gusta vivir bien, sin que me e nada de lo superfluo, que es lo más necesario, y me dis- go a hacerlo.

ERESITA.—Es que te faltará lo principal, Mercedes: el amor.

MERCEDES.—¿No renuncias tú a él?

ERESITA.—Aspiro al mayor de todos. Voy a Jesús enamo- a...

MERCEDES.—Ya. Y yo no lo estoy de Arturo... Claro que no lo oy, no faltaría más. Pero hija, ¿quién te ha dicho que sea el or la primera materia del matrimonio?

ERESITA.—Debería serlo.

MERCEDES.—Pues no lo es. A mí, Arturo no me desagrada; á un buen marido... ¿Tú me aconsejarías que rompiera él y me casara con Leonardo?

ERESITA.—Me atrevería a aconsejarte lo primero: no ca- te con un hombre tan viejo.

MERCEDES.—¡Tan viejo! Ojalá no tuviera sesenta, sinoenta...

ERESITA.—¿Por qué?

MERCEDES.—Por nada. (*Sonrisa maliciosa.*)

ERESITA.—¡Para enviudar antes! (*Uniendo las manos.*) Je- s, perdónala... ¿De modo que tú te casas con la esperanza, a la idea de enviudar pronto? Entonces no es que seas frivo- eres mala, eres...

MERCEDES.—Soy una mujer, y no una momia como tú. Quiero vir y... déjame hacerlo a mi manera. No eres tú nadie para prenderme ni aconsejarme.

ERESITA.—No quiero que discutamos. Pero he de decirte e deberías hablar con Leonardo.

MERCEDES.—(*Enigmática.*) ¿Leonardo y yo? Ya hemos hablado. Ya volveremos a hablar.

TERESITA.—¿Dónde? Aquí sería difícil, y en la calle no estaría bien, dadas tus relaciones con don Arturo.

MERCEDES.—(*Riéndose.*) No hagas planes, mujer. Leonardo yo nos veremos..., más tarde, dentro de unos meses, a n vuelta del viaje de novios...

TERESITA.—(*Ingenua.*) Entonces no podréis. Tu marido n aprobará que os visite.

MERCEDES.—Mi marido... Tienes razón. Ya procuraré yo q mi marido no asista a mis conversaciones con Leonardo.

TERESITA.—(*Ofuscada.*) No comprendo bien...

MERCEDES.—Pues déjalo, tonta. ¿Qué falta te hace? (*Sonrí dora.*) Arturo me conviene, Leonardo me gusta...

TERESITA.—(*Nerviosa.*) Sí, ya comprendo; es decir, sospech algo abominable. Y eso no, Mercedes; eso no... Soy capaz d decírselo a don Arturo; soy capaz...

MERCEDES.—Necia. Atrévete. Arturo no ve más que por m ojos. Y las palabras se las lleva el viento.

TERESITA.—No puedo seguir mirándote ni oyéndote. Me da miedo; me asustas. Voy a rezar por ti. (*Se va enjugándose un lágrima.*)

MERCEDES.—(*Sola.*) ¡Miren la beata! (*Se sienta; se pasa l borla de polvos, se da rojo en los labios, se mira en su espe jito, etc.*)

(*Entra de la calle ANTOÑITO. Elegante traje de viaje, sombro ro cowboy. Sonríe. Es simpático desde el primer momento.*)

ANTOÑITO.—(*Saludando muy finamente.*) Buenas tardes, se florita.

MERCEDES.—(*Incorporándose.*) Caballero...

ANTOÑITO.—¿Es usted la señorita de Falcón?

MERCEDES.—Según por la que usted pregunte. Somos dos.

ANTOÑITO.—Es cierto. ¿Y usted es... Merceditas?

MERCEDES.—Yo soy Mercedes. Pero no me explico...

ANTOÑITO.—¡Pues toma, para que te lo expliques! ¡Rica, preciosa mía! (*La abraza, la besa. A los gritos de Mercedes sal TRESITA.*)

MERCEDES.—¡Ay, ay! Teresita, este hombre...

ANTOÑITO.—¡Ah, esta es Teresita! (*Abrazos y besos a Teresita. Nuevos piropos.*)

MERCEDES.—(*Gritando.*) ¡Papá Antonio!... ¡Reletúa!... (*Co malicia.*) Bueno, por el buen parecer... Es un fresco, pero simpático. (*Entran todos.*)

TERESITA.—¡Socorro! ¡Socorro!

RELETÚA.—¿Qué haséis?

HIPÓLITA.—¡Un loco!

ANTOÑITO.—¡Ja, ja! ¡Están divinas!

HORTENSIA.—Hijas, venid. Retiraos.

DON ANTONIO.—(A Antoñito.) ¿Quién es usted?

ANTOÑITO.—(Abrazándole.) Adivínalo...

HORTENSIA.—(En un grito del instinto materno.) ¡Mi hijo!... Antoñito!... (Medio se desmaya. Antoñito la abraza, la sostiene, la besa, la coloca blandamente en uno de los sillones del imbre.)

ANTOÑITO.—Soy yo, mamá. Quise daros la sorpresa.

DON ANTONIO.—Pudiste poner un cable...

ANTOÑITO.—Pero no lo puse.

HIPÓLITA.—¡Qué cambiado viene!

RELETÚA.—¡Calléis!...

ANTOÑITO.—¿Callar? ¿Por qué? ¡Hola, Hipólita! ¡Qué tal, gran Reletúa? (Les da la mano.) Sí que vengo cambiado... Sólo mamá me conoció. Pero a ver, vosotras, mis hijas, ¿me encontráis viejo?

MERCEDES.—(Mirándolo de arriba abajo como a un muchacho en las carreras o en el golf.) Estás bien, sobre todo de línea. Jugarás al tennis?...

ANTOÑITO.—Juego a todos los juegos. Y tú, ¿cómo me encuentras, Teresita?

TERESITA.—Todavía no te veo bien, papá. No sé que tengo en los ojos.

ANTOÑITO.—Lágrimas, hija mía. (Abrazándola con gran ternura.) ¿Qué has de tener? Lágrimas de alegría... Pero en cuanto te las seques, mira. (El mismo la enjuga el llanto.) Me verás como soy. (Dirigiéndose a todos.) ¡No vuelvo más viejo, sino más joven!...

MERCEDES.—Y tú, papá, ¿cómo nos encuentras a nosotras?

ANTOÑITO.—(Mirándoles a todos.) Así, de repente, bien: Tú..., Por qué sois tan distintas tú y tu hermana?

DON ANTONIO.—(Tomándole de un brazo.) Vamos adentro.

ANTOÑITO.—Sí, venga usted, mamá. (La toma del otro brazo.) Reletúa, gran Reletúa, ve sacando el equipaje del auto.

HORTENSIA.—Hijo, déjame que te mire; déjame que me sacie de verte.

ANTOÑITO.—Sí, mamásita, sí. (Van entrando.)

MERCEDES.—Me he quedado de una pieza. Es una cosa de cine.

TERESITA.—¡Dios le ha traído!

(Reletúa viene con una maleta y encuentra la última a Hipólita.)

RELETÚA.—¡Sú!

HIPÓLITA.—¿Qué pasa?

RELETÚA.—Agradescerte. Los dose credos ya sirvieron como si resao yo mismo los habría.

HIPÓLITA.—Dios quiera que salga todo con bien y la c
vuelva a ser lo que era.

RELETÚA.—Adentro, pues. Veas qué quiere el señorito. (A
rece ANTOÑITO a la puerta.)

ANTOÑITO.—Vascote, dame la maleta de mano, que tengo
sacar unos papeles.

RELETÚA.—Entréis. (Hipólita se mete en la casa.) Para po
desirle eché a la mujer.

ANTOÑITO.—¿Para poder decirme?

RELETÚA.—Sí. El aítona, a la mayor, la casa con un vie
Más viejo te es, ¡me cas!...

ANTOÑITO.—¿Qué más?

RELETÚA.—La pequeña, el capricho de meterse a monja ya
tiene.

ANTOÑITO.—Bien, vascode. Pues ya veremos.

RELETÚA.—El aítona, que padre tuyo es, berequicoamo
mucho, mucha te tiene. A torser no te dará el brazo.

ANTOÑITO.—¿Beré qui...? ¿Qué?

RELETÚA.—El amor propio. Pero tú aprieta.

ANTOÑITO.—Dame. (Toma la maleta.) Y no tengas cuida
que yo también tengo berequicomoretecochea. (Rie.) ¡Lindo r
canazo, que diría un argentino! (Entra riendo.)

RELETÚA.—(Solo, mirando al cielo.) Sú, Jangoicoa, si é
arregla casa, hábito te volverá a llevar mi mujer un año. I
bito te llevará, te prometo.

TELON





ACTO SEGUNDO

el "hall" del hotel de DON ANTONIO. Las once de la mañana. Se tra de la calle por la izquierda. Al fondo, ancha puerta de cristala, que conduce al comedor. Ha pasado una semana desde el primer acto.

MERCEDES, sola. En seguida, TERESITA.

(MERCEDES saca de un armarito un saco de viaje; lo abre, vuelve, registra, toma unos papeles, un libro, un retrato. Parece gozar con su descubrimiento. Entra TERESITA.)

TERESITA.—Merceditas, ¿qué haces?

MERCEDES.—Ya lo ves: curiosear. Ayúdame.

TERESITA.—¿Yo ayudarte? Hazme el favor de volver todo a su tío.

MERCEDES.—(Sin hacerle caso.) Mira qué retrato...

TERESITA.—No.

MERCEDES.—(Contemplando el retrato.) ¿Quién será ésta? No ay dedicatoria. No dice más que Chon. ¿Qué significará Chon? Un nombrecito amoroso. Y fijate, no está mal.

TERESITA.—No me importa. No sigas registrando. Si en es una mala acción sorprender los secretos del prójimo. ¡Figúrate los del padre... Un sacrilegio...

MERCEDES.—Mira. Un libro. *La Sagrada Biblia*. Toma; te pondrá contenta. Papá lee la *Biblia*... ¡Es mucho papá!

TERESITA.—(Tomando la *Biblia* de bolsillo.) Bueno. (Amansada.) Ponla en su sitio.

MERCEDES.—(Sacando un álbum de una revista argentina, mostrando las hojas.) ¡Hay que ver qué cantidad de mujeres pas y de piernas bonitas! Esta (Aproximándose a Teresita señalando con el dedo una de las figuras.) las tiene como (Se sube la falda y se mira las piernas.)

TERESITA.—(Le vuelve la espalda, enfadada.) Eres una

MERCEDES.—(Dejando el álbum, con los otros papeles y retrato, sobre la mesa, en la que ha puesto el maletín, comienza alegremente su registro. Sacando una cotelera.) Oye, ¿qué será esto? Mira, mujer, que no es nada malo...

TERESITA.—No sé.

MERCEDES.—¡Ah, ya caigo! De pronto creí que era una cotertera rusa, sin el mango. Pero no... ¿Sabes lo que es esto? (Parando las dos mitades.) Una cotelera... Sí, mujer, un aparato para hacer coteles. Claro, tú nunca has tomado un cote. No sabes lo que te pierdes. ¿Habrá sido barman papá? ¡Ah, ¿Y este gorro de clown? (Se lo pone.) ¿Habrá sido papá o papá?

TERESITA.—(Tomando el ejemplar de la *Biblia*.) Los Evangelios... ¿Será bueno papá?

MERCEDES.—¿Bueno? Según lo que entiendas por bueno... pero simpático, y elegante, y alegre... A mí no me parece mi padre.

TERESITA.—A mí, sí. Le encuentro simpático, como tú; pero me doy cuenta de que es mi padre, y le respeto.

MERCEDES.—Yo no... Y cuando la gente se figura que no es mi padre, la gozo, es que la gozo. ¡He dado ya cada chasco! ¿Y lo que él se ríe? ¡Si yo encontrara un novio así!

TERESITA.—Leonardo es así.

MERCEDES.—¿Tú crees? Quizás con un poquito de alegría fuese perfecto. ¿O serán más interesantes los hombres tristes? Ahora caigo en ello. Tienes el privilegio de preocuparme.

TERESITA.—Eso es lo que te hace falta. Preocuparte de pensar.

MERCEDES.—Salgo a papá.

TERESITA.—Es cierto; papá no se mete en nada. Si se oye el pase de nosotras, ¿crees que no hubiera deshecho tu boda con don Arturo?

MERCEDES.—A papá ya le tengo estudiado. No le importa de los demás. Dejará que cada uno haga lo que se le anto

mo él lo hizo. Y si papá se negase a que yo me casara, también podría oponerse a tu monjío...

TERESITA.—Claro que puede oponerse, por egoísmo, por cariño paternal; pero yo creo que le convencería... Mientras que a lo tuyo tiene que oponerse por otras razones... Con las cosas que tú tienes y los planes que acaricias, no vas para mujer honrada... Eso sin hablar de tu condenación...

MERCEDES.—¡Mi condenación! Tú te encargarías de evitar... Además, al tiempo... Todavía no me he casado. Y a mí que me preocupa no soy yo (*tomando el retrato*), sino ésta... ¡Esta... Mírala, mujer.

(*Le pone el retrato delante de los ojos. Instintivamente, Mercedes lo coge, lo mira; luego lo devuelve, como avergonzada de su curiosidad.*)

TERESITA.—No está delicado. Lo más probable es que esta señora no tenga ninguna relación con papá. Puede ser una artista... Papá compró su fotografía y, en broma, le puso ese nombre que no significa nada: *Chon*.

MERCEDES.—Estás fresca. No puede ser más significativo: significa que esta señora oculta su verdadero nombre... La letra es de mujer, fíjate... *Chon* lo ha puesto ella misma... *Chon* y papá..., ¿comprendes?... (*Ante un "no" mudo de Teresita.*) Sí, de sobra, pero haces como si no... *Chon* y papá...

TERESITA.—(*Regañándola.*) Suposiciones tuyas. Noveleras.

MERCEDES.—Tenía todo encerrado, pero olvidó el llavero en la mesilla de noche.

TERESITA.—¿Y tú?

MERCEDES.—Yo cogí el llavero... Obedecí al destino. Cada vez que alguien olvida una llave, una carta o un pañuelo, es para que llegue detrás otro y averigüe algo. El destino, que es un "métome en todo", dispuso que papá olvidase el llavero para que yo descubriese a *Chon*. Ya sabemos a qué atañernos: la amiga de nuestro padre se llama *Chon*.

TERESITA.—No puedo resistir más tiempo tus palabras. (*Levantándose.*) Trae acá todo eso... (*Con energía vuelve todos los objetos al maletín. Merceditas la ayuda, dando señales de buen humor.*)

MERCEDES.—Toma la cotelera... Tonta, ¿por qué no te guardas la Biblia? Es un ejemplar magnífico... Cuidado que tiene gracia este gorro... (*A todo esto, las cuatro manos revuelven en el saco.*) ¡Ah! ¿Qué es esto? (*Alejándose de Teresita con un paquete de cartas en la mano.*) Cartas. Cartas de amor, seguramente...

TERESITA.—O de negocios. Tráelas acá en seguida...

MERCEDES.—(*Intenta leer una.*) ¡Qué lástima! Están en inglés., *My dear*... Eso y *knok-aut* es lo único que sé decir

en inglés... *My dear Antony...* Mi querido Antonio... Pero sé más... ¡Ah, sí!... *Love..., live...* Esto quiere decir *am* (*Se guarda las cartas en el pecho*)

TERESITA.—¿Qué haces? Dame en seguida esas cartas...

MERCEDES.—¡Quiá! Me las traducirá Pepa, que se ha e-
cado en Inglaterra...

TERESITA.—Que no se habrá educado en ninguna parte si
las traduce... ¡Qué vergüenza, señor! ¡Qué vergüenza! No,
no puedo permitir..., no sólo el hecho de apoderarte de las c
tas, sino que en las cartas puede haber ciertos pasajes que
Pepa ni tú...

MERCEDES.—Descuida. Pepa y yo no nos asustamos de na
Teóricamente estamos al corriente de todo...

TERESITA.—Me sonroja oírte hablar. No encuentro palab
Me asustas... (*Con brusca transición.*) Dame las cartas.

MERCEDES.—No. (*Toma el maletín, lo cierra, lo mete en
armario, se vuelve hacia Teresita.*) ¡No, no y no! (*Sale D
ANTONIO.*)

DON ANTONIO.—Acabo de escuchar tres nos rotundos co
tres pelotazos. Riñendo siempre. Y con la falta que hace q
estuvierais de acuerdo. ¿Por qué reñáis?

MERCEDES.—Por nada. Cosas nuestras.

DON ANTONIO.—Cosas vuestras. Las que a mí me tienen n
vioso y... como descentrado desde que llegó Antofito. An
las resolvía yo solo...

MERCEDES.—¡Pero si papá no ha dicho esta boca es mía!...

DON ANTONIO.—Querrás decir que no deja traslucir sus
tenciones. Hace ocho días que llegó, y yo, que le observo,
podría decir qué opina. No sé si es un taimado o un indifere
te. No le conozco. Es mi hijo, pero no le conozco. A mí me
rece que piensa en inglés o que no piensa... En fin, lo me
será que no se meta en nada. Que deje a las cosas seguir
rumbo que le habíamos dado. ¿No os parece?

MERCEDES.—(*Sin gran entusiasmo.*) Sí.

TERESITA.—Yo, papá Antonio, espero obtener el consentimie
to de papá...

DON ANTONIO.—Se trata de obtener los dos: el tuyo y el
ésta. (*Por Mercedes.*) Y para eso es preciso que los tres r
unamos; que no pueda él advertir entré nosotros ninguna c
da. (*Con misterio.*) Sé que Leonardo ha escrito a Antofito.

MERCEDES.—¡Ah!

DON ANTONIO.—Sé que se han visto.

MERCEDES.—¡Qué suerte tienes! Lo sabes todo. También s
brás lo que Leonardo le ha dicho a papá.

DON ANTONIO.—Desgraciadamente, no; pero me lo supong
Leonardo no tiene más que un disco... Aquí lo malo, es decir,

me parece peligroso, es que Arturo no da la cara. Debería ser amigo de Antofito...

TERESITA.—Es que le dará vergüenza. ¡Como papá podría ser hijo!...

DON ANTONIO.—Ya saliste tú.

MERCEDES.—No, algo hay de eso, papá Antonio. Yo lo doy la opción a Teresita cuando la tiene. Yo me casaré con Arturo, o sea si me casaré; pero no admitiré nunca que papá sea el jefe de mi marido... (Con alegría.) Aquí viene papá. (Entra PEPA precipitadamente.)

TELETÚA.—¡Que no le llaméis padre; hermano, sí! Así se los digáis, que hermano le llaméis.

DON ANTONIO.—¿Qué dice?

TELETÚA.—Que como si hermano sería, contre. (Entran PEPA, CHICHITA y ANTOÑITO en traje de playa.)

PEPA.—Conste que nos trae vuestro hermano a la fuerza.

TERESITA.—¿Nuestro hermano?

ANTOÑITO.—Sí, yo. (Con un gesto les indica que sigan la furia.) Todo se les volvía decir: "Es el hermano de Mercedes; es hermano de Teresita", para que yo lo oyera... Entonces me avergué... nadando y les invité a almorzar.

PEPA.—¡Nos dió un susto!

CHICHITA.—Tuvo la mar de gracia.

PEPA.—A mí me entró un azoramiento...

MERCEDES.—¿Que te azoraste tú? ¡Caraniba, caraniba!

ANTOÑITO.—Y concluí dándoles lecciones de natación. La lista es usted. (Por Chichita.)

CHICHITA.—¡Ay!

PEPA.—No te ruborices, que eso no tiene nada de particular. Tú tienes la culpa de ser lista.

ANTOÑITO.—Usted (A Pepa) está más atrasada; pero en dos días la pondré al corriente. Primero la enseñaré la flotación en plancha, y en seguida la natural.

PEPA.—No me enseñe usted a hacer planchas. Ya hago bastantes en mis conversaciones.

ANTOÑITO.—Luego el *over armside stroke*...

PEPA.—¿Y eso qué significa?

DON ANTONIO.—Seguramente nada.

ANTOÑITO.—Sí, señor, significa... Yo he estudiado los nombres de los indios de América. El *over armside stroke* consiste... (Imita el movimiento de nadar de lado, con impulso de solo brazo.)

MERCEDES.—No, aquí no, que nos salpicas. (Todos ríen.)

DON ANTONIO.—(Mascullando.) ¡Qué loco está!

TERESITA.—Pero explícanos cómo volvístels de la excursión

a Francia tan inopinadamente. No habéis venido a vernos nos hemos enterado.

PEPA.—Es verdad... Verás: hemos llegado esta mañana temprano; estabais durmiendo, y no hemos querido despertaros.

CHICHITA.—Nosotras no teníamos sueño y nos hemos despertado: ¿vámonos a la playa?

PEPA.—Y en la playa, a eso de las diez, hacia tanto que nos hemos dicho: ¿vamos a bañarnos?

CHICHITA.—Y cuando estábamos en el agua hemos oído decir: "Ese muchacho es de la familia Falcón." Volvimos la cabeza y vimos a tu hermano.

ANTOÑITO.—Y entonces me dijeron: ¿vamos a entablar conversación? Y la entablaron.

PEPA.—Es usted capaz de azorar...

TERESITA.—Hasta a Pepa.

MERCEDES.—Y ¿qué tal en Francia?

PEPA.—No fuimos a Francia. Hemos estado haciendo excursiones por la carretera de Bilbao: Zumaya, Guetaria, Durango... Es divino.

CHICHITA.—Los que están durmiendo son mi papá y la mamá de ésta.

PEPA.—Haz el favor de señalar mejor: el papá de ésta de mí me en su casa y mi mamá en la mía.

CHICHITA.—¡Se han cansado más! Por eso no habrán querido saludaros.

PEPA.—(A Teresa.) Pero, ¿dónde estaba vuestro hermano? (Teresa no responde.)

CHICHITA.—(A Mercedes.) ¡Qué simpático es!

ANTOÑITO.—Bueno, ahora... Reletúa, tráeme unas botellas que verás en mi cuarto y un poco de hielo picado. (Sale Reletúa. Antoñito dice, llevándose un dedo a la frente.) No se acuerdan de hacerles el Presidente Irigoyen o el Mary Pløkfjord...

CHICHITA.—¿Qué dice?

PEPA.—¿El Presidente Irigoyen?

DON ANTONIO.—¡Cuánta incoherencia! ¿Te has vuelto loco?

TERESITA.—(Avergonzada.) Vamos, explícate, papá... (Mercedes ríe a carcajadas.)

PEPA.—¿Cómo papá?

CHICHITA.—¿Has dicho papá?

PEPA.—¿Es vuestro padre?

ANTOÑITO.—Sí, señoritas, y discípulas mías. Soy el hijo de ese señor que me mira severamente y el papá de estas niñas. El papá... Contemplan ustedes estas canas, estas profundas arrugas. (Imitando a un viejo.) A ver, unas muletas, para que caerme. (Se apoya en los hombros de Pepa y de Chichita. Grandes risas.)

PA.—(A Teresa.) Pudisteis haberlo dicho. ¡Qué plancha!

TOÑITO.—¿No va usted a aprender a hacerlas?

ON ANTONIO.—Mi hijo es así; siempre de broma.

TOÑITO.—No de broma, sino de buen humor... Pase lo que
de buen humor...

CHITA.—Y ¿qué era eso del Presidente Irigoyen?

TOÑITO.—Un cótel de mi invención. Pero para señoritas
más apropiado el Mary Pickford.

ERCEDES.—Aquí está Reletúa con los licores... (Entra RE-
A.)

LETÚA.—Pero sin el hielo.

TOÑITO.—Pues corre a buscarlo... ¡Ah!, y avisa a Hipó-
que prepare una gran comida para nosotros y tres invi-
s. (Sale Reletúa.) A ver, la cotelera. ¿Dónde puse yo
otelera? ¡Ah, sí! (Se dirige al armario.) Pero las llaves,
de puse yo las llaves?

Teresita mira a Mercedes con temor y reproche.)

ERCEDES.—(Muy tranquila.) ¿Será alguna de éstas? (Ha-
do sonar el llavero.)

TOÑITO.—Sí.

ERCEDES.—Las dejás olvidadas, y no conviene...

TOÑITO.—Trae. (Saca el maletín, lo abre maquinalmente,
la cotelera, y se dirige al centro de la escena con la co-
ra en alto.) ¿Ven ustedes esta cotelera? Es de metal blan-
Sirve para media docena de cóteles. Me costó un dólar,
un bazar. Ha sido mi "sésamo, ábrete" en Norteamérica.

ERESITA.—¿Cómo?

TOÑITO.—Son mis aventuras.

PA.—¿Aventuras? ¡Qué gusto!

ERCEDES.—Sí; cuéntanos, cuéntanos, papá.

ON ANTONIO.—A ver si son cosas que no pueden oír las
oritas.

TOÑITO.—Nada de eso, papá. Son lecciones de energía...
de buen humor. *Struggle for life*, la lucha por la vida. (Como
tando.) ¡Caballeros y señoras, yo soy un luchador!

PA.—Bueno, cuéntenoslo usted, pero sin música.

TOÑITO.—Usted es de las mías... Buen humor, franqueza.
es verán ustedes: en uno de los saltos mortales que yo he
lo, llegué a Nueva York. Quería cazar un negocio de ma-
as. Pero ¿cómo me metía yo entre los propietarios de aque-
bosques inmensos del Canadá? Pues me puse en combina-
n con el dueño de una peluquería, e hice correr la voz de
e preparaba unos cóteles originalísimos, de quina y de co-
ia. Licores que yo pasaba de contrabando con etiquetas de
fumería. Así me hice camarada de los madereros y const-
stó el negocio. Bueno, yo soy un virtuoso del cótel...

DON ANTONIO.—En algo habías de serlo.

ANTOÑITO.—(*Sentándose.*) Yo soy un virtuoso del cóctel: aplico a la vida la teoría del cóctel: mezcla, perfume, agitación, frescura en el paladar y, en seguida, un calorcillo interior insinuante, una alegría ensoñadora... Pero Keteeta llega con el hielo.

MERCEDES.—Habrás ido por él a Hernani.

PEPA.—(*A Mercedes.*) ¡Qué original es tu padre!

ANTOÑITO.—Originalísimo, señorita; pero sin afectación. serio, yo grave, me habría muerto de hambre; no por gravedad y la seriedad no estén bien algunas veces, sino porque nunca me ha sido posible tomar la vida por lo dramático sino por lo cómico...

DON ANTONIO.—No obstante, Antoñito, a veces, sin querer somos personajes de un drama...

ANTOÑITO.—Sin duda; pero por encima del drama está el carácter. Tú, por ejemplo, te ofuscas, te lamentas, tiembles una situación dramática. Yo resuelvo la misma situación riéndome.

DON ANTONIO.—Yo preveo, adivino las consecuencias. Tengo la noción del futuro.

ANTOÑITO.—Y yo vivo al día, a la hora, al minuto...

DON ANTONIO.—Además, por algo nacimos hombres. Hay que ser varoniles, afrontarlo todo de frente, dar el pecho.

ANTOÑITO.—Nada se arregla en la vida por la violencia. El lema de mi vida es un refrán indio: "Si tienes una mano suave y una voz risueña, dominarás un elefante."

MERCEDES.—¡Qué bonito!

DON ANTONIO.—¡Qué diferentes somos! ¡Qué misterio es la paternidad! De un padre sedentario y razonador, un hijo nómada e impulsivo.

ANTOÑITO.—Quizá por ser tú así soy yo lo contrario: por espíritu de protesta y de defensa. No he querido ser inútilmente desgraciado como tú... (*Dándose cuenta de la desistión de las muchachas.*) Pero estas señoritas se aburren. ¿Por qué, papá? Señoritas, yo he sido clown, yo he sido peliçulo y yo he sido pastor protestante...

PEPA.—¡Ay, sí; cuéntenos todo lo que ha sido!

ANTOÑITO.—Yo he sido mozo de restaurante.

CHICHITA.—¿Mozo de restaurante?

ANTOÑITO.—Sí, señorita. Mozo de restaurante.

PEPA.—Sería en broma.

MERCEDES.—O por una apuesta.

TERESITA.—O... no sería... Papá inventa.

ANTOÑITO.—No invento, Teresita. Trazo mi biografía. Fui mozo de restaurante en esta forma... Pero antes déjenme que

explique que mi gran truco consiste en disfrazar las necesidades de excentricidades. Yo no pido jamás; siempre ofrezco. Nunca se me ha ocurrido entrar en un sitio a buscar trabajo sino a ofrecer distracción. He explotado el aburrimiento de los hombres, he sido un fabricante de amenidad.

EPA.—Pero ¿cómo se metió a camarero? A mí no me han contratado nunca los camareros.

HICHITA.—Ni a mí.

ANTOÑITO.—Yo andaba apurado, y, naturalmente, comía en uno de los mejores restaurantes de Buenos Aires. El dueño admiraba por mi desprendimiento de *gentleman*. Le hice saber que, por una apuesta en mi Club, serviría un mes, de camarero, en su casa. Y mandamos un anuncio a todos los periódicos diciendo que un caballero español serviría durante un mes, por apuesta, en su restaurante.

EPA.—Es cosa de teatro.

MERCEDES.—¿Y tuviste éxito?

ANTOÑITO.—Enorme. Toda la muchachada, españoles y argentinos, se abonaron al restaurante... Y de mujeres, así... A los ocho días era socio del dueño.

DON ANTONIO.—(A media voz.) ¡Qué inventiva!

EPA.—Me habría hecho gracia que me sirviera usted.

ANTOÑITO.—Pues si quiere, esa gracia se la haré a usted mañana, en el comedor. ¿Y Reletúa? ¿A dónde habrá ido por hielo?

MERCEDES.—Debe haber llegado ya a Bilbao.

HICHITA.—¿Y cómo se metió usted a clown?

ANTOÑITO.—Pues verán ustedes...

MERESITA.—Papá..., ya es bastante.

ANTOÑITO.—¡Ah! ¿Creéis que es mentira? Os juro por lo más sagrado para mí..., por vosotras (*las acaricia la cabeza, atrayéndolas hacia él*), que es cierto... Y todo lo he hecho por vosotras... Cuando me fui de aquí huyendo de mi mala suerte, de dinero, a la ventura, una luz me guiaba en mi camino de emigrante... Mis hijas... ¡Que a ellas no les falte nada, que mi sacrificio les sirva!... Así rezaba yo...

MERESITA.—(Emocionada.) ¡Papá!

MERCEDES.—¿Y crees que no te lo agradecemos?

DON ANTONIO.—Caso de que sea verdad lo que cuentas, puede dedicarte a algo respetable con el mismo resultado.

ANTOÑITO.—Con el mismo resultado, no, papá. Desgraciadamente la seriedad no se cotiza. ¡Alegría, alegría, fecundo material de vida... y de dinero! Un hombre a quien hacéis reír es vuestro esclavo... Así que del puerto me fui a un cabaret y gasté las cien pesetas en brillar, en aturdir, en enamorar. El día siguiente tenía la comida asegurada... Me convidaban;

se me disputaban... Era una cosa más importante que serío que genial: era simpático. ¡El simpático Antoñito! Amigos cos, negocios fáciles y lucrativos... Mis nenas podían dormir tranquilas allá en España en una alcoba bien caldeada, en un hogar defendido por mi risa, saludado desde lejos por mi gorda de cascabeles.

DON ANTONIO.—Pero hay extremos; y de eso a llegar clown...

ANTOÑITO.—Otra de mis creaciones: la cena-clown. En Argentina yo modifiqué la cena a la norteamericana, bal entre plato y plato con la cena-clown. Cada uno de los comensales tenía que hacer por turno una payasada entre plato y plato. Eso fué cuando puse otro restaurante con las ganancias del que tuve a medias. Aquí, en la vieja Europa, estas cosas son absurdas. Allí, como en cada hombre hay un triunfador, un chiquillo o un desesperado, las excentricidades caen bien con tal de que sean alegres y correctas. (*Aparece RELETÚA con el hielo.*)

DON ANTONIO.—¿Traes el hielo?

ANTOÑITO.—¿No se te ha derretido en el camino?

RELETÚA.—(*Palpando el paquete.*) Duro está entodavía. (*Risas.*)

ANTOÑITO.—Bueno, pues tráeme un poco, picado. (*Sale RELETÚA.*) Y ahora, señoritas; ahora, hijas mías, van ustedes dejarme solo

MERCEDES.—¿Por qué?

PEPA.—No, señor. Nosotras queríamos enterarnos.

ANTOÑITO.—Por eso precisamente, para que no se enteren de mi secreto...

TERESITA.—¡Vaya, estábamos tan a gusto, y tener que marcharnos!...

PEPA.—Pero Teresita, ¿dices que estabas a gusto? ¡Si tu pagno echaba ningún sermón!

TERESITA.—Era un sermón a... su modo.

MERCEDES.—Yo voy a inventar otro cótel. A mí no me ia da tú: el "Cótel Antoñito".

ANTOÑITO.—Sí, hija, sí. Llámame siempre Antoñito. El diminutivo sirve para mucho. Cuando haces una cosa mal te disculpan porque no te dan bastante importancia, y cuando haces bien se agranda porque ¡como no te daban importancia!

TERESITA.—El diminutivo es cariño, papá... Es decir, Antoñito...

ANTOÑITO.—Veo que os he conquistado, hijas mías.

MERCEDES.—Sí, pero no extiendas tus dominios fuera del umbral del hogar.

PEPA.—Nosotras no nos dejamos conquistar tan fácilmente

CHICHITA.—Mercedes, que está loca. Y ahora que me acue

no hemos avisado en casa que nos quedábamos aquí a orzar. Vamos ahora, mientras hace usted su cótel; que-emos bien con papá y mamá.

PEPA.—¡Y dale!... Con tu papá, coma, y con mi mamá, pun- Hasta hablando se te nota que no tienes ortografía. ¡Qué n de unir a los dos pobrecillos!

RELETÚA *entrega el hielo picado y se va.*)

MERCEDES.—Vamos en un instante. Así los saludaremos.

MERESITA.—Yo os acompañaré también. No quiero sorpren- el secreto del cótel. Y quiero dar a tu papá y a tu mamá bienvenida.

ANTOÑITO.—Pues hasta luego... Y prepárensē a ponerse un o moscorras, como dice Reletúa.

Mutis de las chicas. Aparece Doña Hortensia.)

HORTENSIA.—Hijo mío, buenos días.

ANTOÑITO.—Felices, mamá, mi viejita, como dicen en el ta. *(La besa con ternura.)* Hoy tienes muy buena cara.

HORTENSIA.—Pues no me siento muy bien. El parche poro- me escuece.

ANTOÑITO.—¡Ah! ¿Pero te encuentras mal?

DON ANTONIO.—Nada de cuidado, nada.

HORTENSIA.—Me dió un poco de dolor aquí. *(Un costado.)* rá neuralgia. Ahora, con el calorcillo del parche, se me sa, aunque escueza. *(Se sienta y se pone a hacer labor. Una usa. Antoñito prepara los ingredientes para el cótel.)*

DON ANTONIO.—Supongo que podremos aprovechar el estar los para que hablemos seriamente.

ANTOÑITO.—Claramente, que no es lo mismo.

DON ANTONIO.—Has hecho preparar una comida para tres vitados, además de la familia. Un banquete enigmático... yo empiezo á cansarme de tus enigmas.

ANTOÑITO.—Es un banquete de esponsales. Hoy me piden hoy concedo la mano de mi hija Mercedes...

DON ANTONIO.—*(Radiante.)* Entonces ¿has visto a don Ar- ro? Y te has entendido con él... ¿Oyes, Hortensia? Antoñito os da la razón.

ANTOÑITO.—Papá *(Trasegando el cótel.)*, siento en el alma sminuir tu alegría; es posible, pero no seguro, que yo le onceda la mano de Merceditas a ese señor...

DON ANTONIO.—¿Qué quieres decir?

ANTOÑITO.—Que he citado aquí a don Arturo y a Leonar- o, y que los tres vamos a decidir quién será el marido de Merceditas...

DON ANTONIO.—Pero eso es una humorada, ¿qué digo?, na extravagancia. Lo que tú te propones no se ha hecho unca.

ANTOÑITO.—(*Moviendo el cótel.*) *Nihil novum.* Todo es hecho antes alguna vez.

DON ANTONIO.—¿Quieres poner en ridículo a don Art

ANTOÑITO.—O a Leonardo. A lo mejor, el más viejo e más joven.

DON ANTONIO.—No te comprendo... Hortensia: Antofitos ha vuelto loco.

HORTENSIA.—¡Jesús, Jesús!

ANTOÑITO.—No te asustes, mi vieja. Ya conoces las h bobes de papá. Así, a primera vista, dejándome llevar d lógica, a mí me parece Leonardo mejor que don Arturo p marido de Merceditas. Es joven...

DON ANTONIO.—Pero es pobre. No tiene dos reales. No hacer nada.

ANTOÑITO.—Eso es una ventaja. Puede aprender a hac todo, como yo.

DON ANTONIO.—Tú posees espíritu aventurero. El, no viene a casarse y a que le mantengamos. Un yerno parási

ANTOÑITO.—Suposiciones tuyas. Pero, en fin, hay otra c

DON ANTONIO.—¿Cuál?

ANTOÑITO.—El amor.

DON ANTONIO.—¿El...?

ANTOÑITO.—El amor. No pongas esa cara de desprecio. sin duda, lo has sentido, pero ya no lo recuerdas. No me traña. A mí, que soy más joven, también se me olvida a ces. Si Merceditas se casa con don Arturo, tiene que reñiar al amor o—te prometí hablar claro—buscarlo por ca nos tortuosos. Si se casa con Leonardo, conocerá el amor.

DON ANTONIO.—Y el hambre.

ANTOÑITO.—Quizá. Tú hablas del hambre con el terror los que no la han pasado nunca. (*Refiriéndose al cótel.*) E ya está. (*Como la cosa más natural del mundo.*) Yo he sado hambre.

HORTENSIA.—(*Conmovida.*) ¡Pobre hijo!...

ANTOÑITO.—(*Acariciándola.*) No te apures, mamá. El h bre es una higiene algo ruda... Claro que no puede aplica sin interrupción.

HORTENSIA.—(*Acariciándole las manos.*) Antofito... Y dí dime, ¿te ha hablado tu padre de lo de Teresa?

ANTOÑITO.—He hablado con Teresita.

DON ANTONIO.—¿Y también te opones a su vocación?

ANTOÑITO.—Yo no me opongo a nada por sistema. En p cipio, respeto la vocación religiosa de Teresita. Todo el tiene una fe profunda, no sólo me inspira respeto, sino vidia. Yo habré sido pelicularo, funámbulo, hombre de ne

y mozo de restaurante; ¿quién no os dice que no me ha gustado ser santo?

DON ANTONIO.—(Con desolación.) Estamos peor que antes. me inhibo. Te devuelvo la patria potestad sobre tus hijas, a título moral y provisional ejercí durante tu ausencia. tres hijas! Pero, en fin, allá tú, allá tú. Yo me lavo las manos.

ANTOÑITO.—(Que las tiene pegajosas del cótel, metiéndolas en el cubo del hielo.) Y yo también.

Entran las cuatro muchachas: MERCEDES, TERESA, PEPA y CHICHITA.)

PEPA.—Aquí estamos nosotras.

ANTOÑITO.—Y aquí está el cótel. (Sirve los vasos.)

TERESITA.—Me han dado recuerdos para vosotros mamá y papá Antonio.

DON ANTONIO.—(Seco.) Gracias.

ORTENSIA.—Luego pasaré a visitarlos.

ANTOÑITO.—Y para mí, ¿no os han dado recuerdos?

MERCEDES.—A ti no te conocen.

DON ANTONIO.—Más vale así.

TERESITA.—Papá Antonio, no digas eso. Papá, digo Antoñigana tratado.

PEPA.—Ya lo creo que gana.

ANTOÑITO.—¿Verdad que sí? Fíjate el partido que tengo. No prueben el cótel.

CHICHITA.—No me atrevo; ¿se sube a la cabeza?

ANTOÑITO.—Sí, se sube a la cabeza; pero nos ponemos a hablar, y baja a los pies. ¡Reletúa!

TERESITA.—¿Qué quieres?

(Todos van bebiendo.)

ANTOÑITO.—El gramófono, ese gramófono de mano que llevo en todos los viajes.

TERESITA.—Yo lo traeré. (Sale.)

MERCEDES.—Vas a hacer juerguista hasta a Teresa.

ANTOÑITO.—Papá, mamá... (Les lleva vasos.)

DON ANTONIO.—Yo no bebo.

ORTENSIA.—Yo voy a probarlo. A lo mejor me quita un oído que tengo. Hoy desperté medio mareada.

CHICHITA.—¡Ay!

ANTOÑITO.—¿Qué? ¿Ha hecho su efecto?

CHICHITA.—Me siento más animada. Ahora me parece que me atrevería a hablar de todo.

MERCEDES.—Bueno, tú sí, atrévete; pero que no se atreva papá.

PEPA.—Ya sabes que todo es según el idioma en que se dice. La moral tiene también su método de Ahn.

DON ANTONIO.—Bonitas están las muchachas hoy día.

ANTOÑITO.—A ver, a ver; eso me interesa. Explíquelo.

MERCEDES.—Dice Pepa que las cosas que en el idioma por son escandalosas, traducidas a otro son hasta sosas, s quiere.

ANTOÑITO.—Muy bien. Opino lo mismo. Pero, ejemplos cesito ejemplos.

PEPA.—Yo he oído el otro día a una pareja de franceses se decían con mucho mimo: "Mon loup, mon petit chien, chou, mon trognon..." ¡Ya ve usted! Mi lobo, mi col y troncho... Y, sin embargo, para ellos tenía su significación ¡Vaya si lo tenía! ¡Si viera usted como se arrimaban el lobo y la col!

ANTOÑITO.—De modo que cuando usted se case no le llaman a su marido hortaliza.

PEPA.—¡Ah, desde luego! Buscaré algo más interesante.

ANTOÑITO.—¿Y usted, Chichita?

CHICHITA.—Yo tengo ideales.

DON ANTONIO.—Vaya, menos mal; una muchacha de que tiene ideales.

ANTOÑITO.—¿A que adivino cuáles son esos ideales? Cas con un húsar de esos de uniforme azul o rojo.

CHICHITA.—No. Mi ideal es el campo. Un idilio en el campo. Una cabaña. ¿No habéis visto en el cine esas cabañas de selvas de Norteamérica? En la cumbre, en pleno bosque, chas de troncos, con una hamaca; todo sencillito, pobre...

ANTOÑITO.—¿Y para subir a la cumbre?

CHICHITA.—Un cuarenta caballos. ¡No voy a subir a pie!

ANTOÑITO.—¡Ah, vamos! Las chicas que viven en una cabaña sueñan con el automóvil; usted va del automóvil a la cabaña. Es un refinamiento. Por supuesto, que su cabaña tendrá calefacción y cuarto de baño.

TERESITA.—(Entra con un gramófono portátil.) Aquí está el gramófono.

ANTOÑITO.—Venga, venga. El cóctel hay que agitarlo al vuelo y dentro del cuerpo. (Se pone a armar el gramófono.)

DON ANTONIO.—¿Cómo le tenéis afición a este endiablado chisme?

HORTENSIA.—A mí me gusta más la radio.

ANTOÑITO.—¿Por qué, mamá?

HORTENSIA.—Porque con la radio se queda una tan dormida... Yo me pongo de noche los auriculares y al segundo estoy dormida. Bendito sea quien la inventó. A mí, que no me ha hecho efecto el bromuro, ni siquiera la morfina, y miren ustedes, cuanto oigo un tenor por la radio... (Comienza a oírse en el gramófono un fox-trot o un tango argentino.)

ON ANTONIO.—Hasta ronca.

LETÚA.—(Entra con un telegrama en la mano.) Esto tra-

ON ANTONIO.—¿Un telegrama? ¿De quién podrá ser? (An-

TOÑITO.—Reletúa

LETÚA.—Mandéis.

TOÑITO.—Cuando venga don Arturo me avisas.

LETÚA.—Así haré. (Sale.)

ON ANTONIO.—Es de Bayona. ¡Ah! De La Roche. (Lee para

PERO... ¿qué dice este hombre? (Lee alto.) "Toureaux de

sieur Citroen, superieurs; chevaux morts, deux. Don Ca-

, superbe. Nino de Penuelas et l'enfant du Palmier, coura-

. Oreilles, aucune. Ce soir je viendre diner avec vous.—La

re."

TOÑITO.—(Se echa a reir.) Este La Roche es genial. Bien

está que viene a cenar esta noche, que los toros de Ci-

n (se habrá metido a ganadero) han salido buenos, que

Canero ha estado soberbio, y valiente el Nino de la Palma.

Nino de las Penuelas, *l'enfant du Palmier*. Ha puesto un

grama como un apoderado.

ERCEDES.—Lo que habrá gozado con la *course de toureaux*.

ERESITA.—Y puede que haya ido de sombrero ancho a la

ida.

PEPA.—Pero... ¿bailamos? Digo, si nos da permiso don An-

o.

ON ANTONIO.—Yo no soy nadie, señorita. (Antoñito vuelve

acer sonar el gramófono.)

ERESITA.—Papá Antonio... Estás enfurruñado... (Antoñito

pone a bailar con Pepa.)

ON ANTONIO.—No puedo ver ciertas cosas. Fíjate: tu pa-

es una criatura.

ERESITA.—Afortunadamente. Los niños son limpios de co-

ñ.

ON ANTONIO.—Pero los niños no resuelven las situaciones

ves de las casas. ¡Hortensia!

HORTENSIA.—¿Qué quieres?

ON ANTONIO.—Ven conmigo al comedor. Vámonos los tres.

que apartarse un poco de estas frivolidades, pensar en lo

nos sucede... Resolver.

HORTENSIA.—No me asustes. Pero... ¿qué pasa?

ERESITA.—Nada, mamá... (Los tres se van al comedor.)

ERCEDES.—Bueno, Pepa, ya le has acaparado bastante.

HICHITA.—Sí, déjanosle un poco a las demás.

PEPA.—Venid a quitármelo.

ERCEDES.—Oye, tú, niña bien, ya lo creo que te lo quito.

ANTOÑITO.—(Durante todas las escenas anteriores y especialmente en ésta, Antoñito está risueño, agradable, tonado.) ¡Vamos a ver cómo se porta la de la cabaña!

LAS TRES.—(Forcejeando por arrebatarse a Antoñito a sí mismas.) ¡Quita, pegajosa! ¡Suelta! ¡Vamos! ¡Déjame a mí! (Cuando están en esta lucha, aparece TERESITA, que sale por la puerta lateral.)

TERESITA.—Aquí está don Arturo. (Todos se quedan mirando a don Arturo.)

ANTOÑITO.—Don Arturo... Bueno... Ustedes, señoritas, me permitirán dos palabras con él.

PEPA.—No faltaba más.

CHICHITA.—Lo que ustedes quieran. Pasaremos al comedor.

TERESITA.—Sí, haced el favor de esperarnos allí. (Pepe, Chichita se van al comedor. Se las ve charlar con don Arturo y doña Hortensia. Teresita se retira y Mercedes y Antoñito hacen un aparte.)

MERCEDES.—¿Qué vas a hacer?

ANTOÑITO.—Lo que tú quieras.

MERCEDES.—Es que... Que no lo sé.

ANTOÑITO.—Pues déjame a mí.

MERCEDES.—Escucha... No decidas nada. No sabes lo duro que estoy.

ANTOÑITO.—No te apures... (La abraza. La lleva al comedor. Mercedes entra. Teresita espera a que su padre vuelva a escena y le dice con pasión.)

TERESITA.—Sí, papá, decide. Rompe esa boda. Sería una gran honra para todos y la condenación de Mercedes. Papá, ¡vala; es tu deber.

ANTOÑITO.—Bravo, Teresita; así me gustas. Eres una llama una llama angelical. (Acariciándola.) No te apures, salvame a Mercedes. Ya tengo preparada la maniobra... Vete. Entrame a todos... Confía en mí. Ya sabes mi lema: una mano suavecita. (Teresita se echa en brazos de su padre y le besa. Los tres permanecen un instante unidos. Se separan. Teresita sale y cierra la puerta del comedor. Antoñito va a la lateral.)

ANTOÑITO.—Pase usted. ¡Adelante! (Entra DON ARTURO y Antoñito vuelve a cerrar.)

DON ARTURO.—Buenos días, señor Falcón.

ANTOÑITO.—Muy buenos, don Arturo. Tenga usted la bondad de sentarse.

DON ARTURO.—(Sentándose.) Gracias. (Con cierto embarazo.) Pues usted me dirá.

ANTOÑITO.—(Sentándose.) Creo que es usted quien tiene que decirme...

ARTURO.— Ya lo sabe usted. Desearía formalizar ante mis relaciones con Merceditas para casarnos pronto. to antes, mejor.

TONITO.—Indudablemente.

ARTURO.—Como yo no soy amigo de brusquedades ni violencias le agradecería me manifestase si ve algún in- eniente...

TONITO.—¿Yo? Ninguno. En absoluto.

ARTURO.—(Con cierta satisfacción.) Suponia... No sé qué...

TONITO.—Nada, ningún obstáculo por mi parte. Ciertas ciones, eso sí. Pero no más. De Merceditas.

ARTURO.—Es natural. Usted redactará el contrato. Yo pongo ninguna condición. Lo que deseo es llevarla a la a lo antes posible.

TONITO.—¿A la iglesia? ¿Dice usted a la iglesia?

ARTURO.—(Con asombro.) Sí, señor; a la iglesia.

TONITO.—¿Qué lástima! ¿Y ha de ser precisamente por glesia como se casen ustedes?

ARTURO.—Sí, señor. ¿No es usted partidario del matri- io católico?

TONITO.—Yo soy partidario de todos los matrimonios. la cual debe casarse según sus ideas o sus creencias. La resulta partidaria del divorcio es Merceditas...

ARTURO.—¿Del divorcio? No me había dicho nada.

TONITO.—Por delicadeza. Me ha encargado que yo se lo ese. No se quiere casar en España, sino en Cuba, donde ed ha hecho su fortuna y puede naturalizarse. Allí existe divorcio.

ARTURO.—Es una condición que me sorprende y me... agrada. En primer lugar, no quiero perder mi nacionali- d, y además siempre pensé casarme con una española para e mi matrimonio fuese indisoluble y me brindase todas las rantías.

TONITO.—Usted perdone. Aparte la cuestión de la nacio- lidad, que cada uno decide en el sagrado de su conciencia, indiscutible que el matrimonio con divorcio le brinda a ted más garantías... morales que el otro.

ARTURO.—¿A qué llama usted garantías morales?

TONITO.—A las del honor.

ARTURO.—Yo no me habría permitido nunca dudar de erceditas...

TONITO.—No me refiero a ella. Hablo en términos gene- les. Hay que creer en todo a condición de dudar de todo. lla es buena, pero el amor se va. Suponga que después de er Merceditas para usted, equis años, una esposa irreprocha-

blé, viene el hastío... Entonces puede proponer el divorcio, hacer otra cosa que seguir una costumbre. Yo, en su lugar de usted, adoptaría el sistema de Merceditas hasta sus últimas consecuencias. Divorcio, sí, señor; pero a todo trapo, procuradores, ni abogados, ni jueces. *(Levantándose.)* Unión libre, don Arturo. A usted lo que le conviene es la unión libre...

DON ARTURO.—¿Se figura que no la he practicado? Precamente mis amoríos de soltero y mis desengaños de soltero me inclinan a la paz del matrimonio.

ANTOÑITO.—A la paz armada del matrimonio, no lo olvide. Todo cónyuge, sin necesidad de ser celoso, ha de ser precavido. Cada matrimonio joven, o con una de las mitades jovenes es una fortaleza sitiada...

DON ARTURO.—Después de que yo hable con Mercedita decidiremos. ¿No le parece a usted?

ANTOÑITO.—¿No ha de parecerme? Ya sabe usted que en todos los asuntos íntimos soy un ser pasivo.

RELETÚA.—*(Entrando corta la conversación.)* Ese señor Orovio que le llaman, que hablarte quiere.

ANTOÑITO.—Que pase aquí. *(Sale Reletúa.)*

DON ARTURO.—*(Levantándose.)* Concretando, porque veo que tiene que hacer. ¿Usted respetará la decisión de su hija?

ANTOÑITO.—En absoluto. Sí.

DON ARTURO.—Se lo agradezco en el alma, porque espero convencerla. Y si no la convengo, ya vería la manera de trabajar hasta donde sea posible. ¿No tiene usted personalmente perdone que insista, ninguna objeción que hacer? *(Una pausa.)*

ANTOÑITO.—Perdone que le presente a este señor que entra. Pase usted, Orovio. *(Entra LEONARDO.)* ¿No se conocían ustedes? Don Arturo Salvatierra. Don Leonardo Orovio... *(Los presentados no se dan la mano.)* Este señor fué pretendiente de Merceditas. Ahora es sólo amigo de la casa. Hace versos. A mí me gustan mucho los versos...

DON ARTURO.—Conozco de vista a este joven y he leído sus versos. Unas palabras a solas con usted, señor Falcón... *(Se aleja Leonardo. Se aproxima Antoñito a don Arturo.)*

ANTOÑITO.—Con mucho gusto.

DON ARTURO.—*(Casi al oído de Antoñito.)* Ya veo con qué finura me ha presentado usted la objeción. Sí, es una objeción demasiado seria, lo reconozco. Juventud, amor... Un poema es un poeta. ¿Insiste usted en que cada matrimonio desigual es una fortaleza sitiada?

ANTOÑITO.—Insisto, don Arturo.

DON ARTURO.—Y éste es el sitiador...

ANTOÑITO.—Eso ya no lo sé; depende de él... ¿Cuándo va usted a hablar con Mercedesitas?

DON ARTURO.—*(Después de una pausa.)* ¡Es triste ser viejo! muy triste!... Abandono la plaza, señor Falcón... No hablaré Mercedesitas... *(En alta voz.)* Usted lo pase bien. *(Mira a Leonardo, el cual ha permanecido alejado, serio, inmóvil. Los dos hombres se contemplan. Don Arturo se inclina. Leonardo le contesta con otra inclinación.)*

DON ARTURO.—Caballero...

LEONARDO.—Caballero... *(Don Arturo sale.)*

ANTOÑITO.—Lástima de edad. Es inteligente. Es discreto. Hace años menos y se la llevaba él y no usted. ¿Qué dice usted?

LEONARDO.—Que el poeta es usted. ¿Cómo se las arregló para hablar a ese hombre?

ANTOÑITO.—¿Qué le importa?

LEONARDO.—Es verdad. ¿Y Mercedesitas? ¿Qué dirá Mercedesitas?

ANTOÑITO.—Aun no lo sabemos, y tampoco le importa. Tenga cuidado. *(Le alarga un papel.)*

LEONARDO.—¿Qué es esto?

ANTOÑITO.—Un cheque.

LEONARDO.—¿Para qué? ¿Qué hago yo con este cheque?

ANTOÑITO.—Ahora métterselo en el bolsillo. Después, ir a cobrarlo a Biarritz...

LEONARDO.—Al Banco de monsieur La Roche; y le traigo a usted el dinero...

ANTOÑITO.—Se queda usted con el dinero.

LEONARDO.—*(Alargándole el cheque.)* ¡Ah, no, señor; de ninguna modo! ¿Por qué?

ANTOÑITO.—*(A Leonardo, poniéndoselo en el bolsillo.)* Es la pequeña dote de Mercedesitas... Cincuenta mil pesetas. Pero han de figurar que son tuyas. Usted las heredó, le cayeron a la herencia... Da lo mismo. Cuantas menos explicaciones, mejor. Comprenderá que con una dote así hay que seguir haciendo negocios... pero trabajando en otra cosa. Siéntese. Tenemos que hablar.

LEONARDO.—Pero yo no puedo aceptar... *(Manosea el cheque, mirándolo.)*

ANTOÑITO.—Usted me escribió dándome cuenta de la situación en que se encontraban las cosas... Yo le cité. ¿Y qué le dice?

LEONARDO.—*(Confuso.)* Pero...

ANTOÑITO.—Le dije que yo era un hombre a la pata la llana; pero si dijéramos, en mangas de camisa. Agregué que yo no estaba en las dificultades. No hay dificultades. No se deben tocar las cosas en trágico. Resolverlas, sí, con ingenio, con dul-

zura. Todo eso le dije. A usted le pareció bien. Ahora no ha más que ponerlo en práctica.

LEONARDO.—Dispense; pero este cheque, no...

ANTOÑITO.—Amigo Leonardo, usted es un poeta y yo un sionista. Es un pequeño juego de prestidigitación. Yo le te que dar a usted ese dinero como dote de Merceditas. Se doy, pues. La forma, ¿qué importa? Para los demás, en vez aparentar que yo entrego el dinero, lo entrega usted. Es que hacen los prestidigitadores: Está ahí la botella...; pasa ya no hay nada...; ahora está aquí... Nadie ha visto el tru

LEONARDO.—¿Le parece a usted bien? Yo no estoy del to convencido.

ANTOÑITO.—Ilusionismo, prestidigitación... En su non van a la guerra los hombres, se dejan matar... Les ponen lante una palabra: Patria, y les escamotean la verdad: mero, Política, Egoísmo... Hay un ilusionismo para el m Yo le practico para el bien. Defiendo, como usted, el amor la juventud con mis medios. Por debajo de estas palabras geras, ¿no me comprende usted?

LEONARDO.—Le comprendo y le adivino. (*Deslumbrado.*) usted un manantial de optimismo; es usted...

ANTOÑITO.—Soy un amigo. Y ahora, si Merceditas acep comerá usted con nosotros. No se olvide, cuando sea oportu de exhibir el dinero ante don Antonio. Vaya a saludarle, ha a toda costa las paces con él. Pida perdón. En un muchac pedir perdón es bonito.

LEONARDO.—Le debo a usted más que la vida: le debo to lo bello de la vida.

ANTOÑITO.—Eso póngamelo en verso... Vaya usted, vaya ;Merceditas, Teresita! (*Salen éstas del comedor.*)

MERCEDES.—¿Qué, papá? ¡Ah!

TERESITA.—¿Está usted, aquí, Leonardo? ¡Cuánto me aleg su presencia!

LEONARDO.—(*En voz baja.*) Ya sé que es usted buena y q nos quiere a Merceditas y a mí. Pero yo también la quie a usted porque contribuye a mi felicidad. (*Entra en el com dor después de besar la mano de Mercedes, sin hablar.*)

MERCEDES.—¿Y a mí no me dice nada?

ANTOÑITO.—Todavía no. Falta un trámite.

MERCEDES.—¿Pues qué pasa?

ANTOÑITO.—Merceditas, prepárate. Don Arturo no ha nido a pedir tu mano. sino a renunciar a ella...

MERCEDES.—¿A renunciar?

ANTOÑITO.—Como lo oyes. Creo que le da vergüenza ser yerno, y tiene razón: si fuéramos los tres juntos por la cal parecería yo el marido.

TERESITA.—Era lo que yo pensaba.

MERCEDES.—Y yo. Pero papá no tenía por qué salir a la le con nosotros.

ANTOÑITO.—Exacto. Yo tenía pensado, para evitar el ridícularme de España.

MERCEDES.—¿Por qué? Hubiese preferido no casarme... Lo que a mí me indigna es que haya sido él quien renuncia. ¿Qué digo?

ANTOÑITO.—Dice que no quiere casarse por la iglesia.

MERCEDES.—¿Qué raro! Deja, esta tarde le hablaré.

ANTOÑITO.—Es lo mejor. En el fondo, la diferencia de edades lo que os separa.

TERESITA.—Si le buscas, parecerá que le persigues. No está en que le hables. ¿Crees tú, papá, que debe hablarle?

ANTOÑITO.—¿Por qué no? Pero yo, si fuera Merceditas, haría antes con Leonardo.

MERCEDITAS.—Ya caigo; lo que yo pensaba. Arturo le tiene miedo a Leonardo. Todo lo que ocurre es obra de Leonardo. ¡Vuy bien! No me casaré con Arturo, pero con él tampoco. (Cercándose a su padre.) Tú me llevarás a París para disuadirme.

ANTOÑITO.—Tonta. ¿Y por qué no te vas a París a pasar la semana de miel con Leonardo? Yo creí que estabas enamorada de él...

MERCEDES.—Eso quiere decir que aprobarías mi boda con el muchacho... Por eso le has hecho quedar y has despedido a don Arturo... ¿Acaso no sabes que no tiene donde caerse muerto?

ANTOÑITO.—¿Cá!! Tiene cincuenta mil pesetas para los primeros gastos. No hace más que sacar billetes de los bolsillos. Además, yo soy rico, muy rico. Os ayudaré... Y Leonardo, sin dejar los versos, se lanza a los negocios. Posee un gran espíritu mercantil.

TERESITA.—Estás hablando un poco en industrial, Merceditas. Resígnate a ser feliz; ven conmigo. (La lleva al comedor.)

MERCEDES.—Si me dejáis sola con él no tendré más remedio que decir que sí.

TERESITA.—Espera a que se arregle con papá Antonio. Vamos a ayudarlos... Ven. (Salen Pepa y Chichita.)

PEPA.—¡Pero qué sorpresa!

CHICHITA.—Leonardo dice que tu papá le ha concedido tu mano.

MERCEDES.—Así es; pero yo...

ANTOÑITO.—Hoy estoy en vena. Si alguien me pide la de ustedes también se la concedo.

TERESITA.—¡Papá, que es en serio!

ANTOÑITO.—¿En serio? ¿Esto va a ser una cosa grave? A ver señoritas, lleven dentro el gramófono con disimulo. Cuando papá Antonio y Leonardo se den la mano romperemos a tocar.

CHICHITA.—¿Es que va a haber una comida de esas que usted ha inventado?

ANTOÑITO.—Sí, señorita... Una comida-clown.

PEPA.—¡Vivan los novios!

TODOS.—¡Vivan! (*Entran, menos Antoñito.*)

ANTOÑITO.—Reletúa, Reletúa. (*Este aparece en la puerta* Que sirvan el sopa que nos la vamos a comer con el cuchar

RELETÚA.—Antes, que resibir tienes a una señora.

ANTOÑITO.—¿Que me busca a mí?

RELETÚA.—Así dise, don Antonio, llegado resién. El otro de Antonio aquí se estaba.

ANTOÑITO.—Dila que vuelva a la tarde.

RELETÚA.—Fuerzas para entrar hase. Que verte muy portatísimo dise.

ANTOÑITO.—¿Te ha dicho cómo se llama?

RELETÚA.—Aquí en este papel puso. (*Le da un papelito pequeño.*)

ANTOÑITO.—(*Leyendo.*) "Chon". (*Turbado.*) Pero... ¿cómo Si es su letra... Chon aquí... ¡Dios mío!...

ASUNCIÓN.—(*Entra. Es mujer elegante, bella.*) Sí, soy yo la señora de Vergara. (*Habla con marcado acento argentino mira a Reletúa.*)

ANTOÑITO.—(*A Reletúa.*) Vete.

RELETÚA.—(*Yéndose.*) Otro fantasma. Y agrasio es éste Eza cer dudatu. (*Vase. Entretanto Antoñito ha cerrado la puerta del comedor, diciendo a los de dentro.*)

ANTOÑITO.—Empiecen ustedes a comer. Yo voy en seguida Tengo visita. (*Una vez cerrada la puerta, se vuelve impresionado. Durante la escena siguiente, Antoñito ha perdido su carácter; está abatido, dominado, trémulo.*) ¡Chon!

ASUNCIÓN.—(*Se arroja en sus brazos.*) ¡Antoñito, Antonio mío! ¡Cómo te escapaste? ¿Creíste acaso que yo no te iba a seguir, que era mentira mi juramento? Te quiero a ti solo y por ti daría la vida. Ya ves cómo era verdad.

ANTOÑITO.—Pero es una locura. ¿Cómo has podido venir ¡Estás loca!

ASUNCIÓN.—Y te quejas tú de mis locuras, después de ser la causa de ellas. Sí; estoy loca de amor por ti, de desesperación y de celos. ¡Abandonarme, huir de ese modo! ¡Abandonarme!

ANTOÑITO.—¿Cómo iba a abandonarte, si nunca te he tenido!

ASUNCIÓN.—Por eso me ha desesperado más tu huida; por-
e he visto claro el engaño, lo sutil de tu burla.

ANTOÑITO.—¿Burlarme yo? Pero... ¿de qué me acusas?

ASUNCIÓN.—De perfidia, te acuso de perfidia... Cuando me
ste propicia a quererte, ¿qué no hiciste porque te quisiera?
iora, aquí estoy; tú que has hecho el daño, repáralo... *(Llora.)*

tú que has hecho despertar en mí a la mujer, aquí la tienes;
z de ella lo que quieras..., acaba tu obra, acaba de matarla!

ANTOÑITO.—¿Asunción, tranquilízate!... Esta tarde nos pon-
emos de acuerdo en todo... Te juro que te engañan las apa-
encias... Es verdad que huí de tu lado; pero por miedo...,
edo, sí, de consumar un delito, de volver a ser malo como
fui otra vez..., por desgracia mía y de los míos... Pero todo
reparable. *(La acaricia.)*

ASUNCIÓN.—No me engañes... No juegues ya conmigo...

ANTOÑITO.—Pasa esta tarde, al anochecer, por la carretera
aquí abajo. Yo te enviaré recado... Dile a tu marido que
as a pasear sola por la carretera... *(Dentro suena un charles-
n en el gramófono.)*

ASUNCIÓN.—¿Qué es eso?

ANTOÑITO.—La familia... Están alegres... Como volví... *(La
uerta del comedor se abre y sale MERCEDES.)*

MERCEDES.—¿Antoñito! ¡Ay! *(Aparte.)* La del retrato.

TERESITA.—Usted perdone... Creí que estaba solo.

ASUNCIÓN.—*(Activa.)* Ya me iba. Buenos días. ¡Adiós!

ANTOÑITO.—A los pies de usted. Por aquí, señora. *(Sale
Asunción.)*

MERCEDES.—Papá, ya está todo arreglado. Papá Antonio ha
cho las paces con Leonardo... Claro que a regañadientes.
todas las chicas quieren que les enseñes la comida-clown.

ANTOÑITO.—*(Turbado.)* Sí... La comida... Lo que tú quieras.

TERESITA.—*(Saliendo del comedor.)* ¡Vas a ver lo que te
en preparado!

MERCEDES.—Toma, tu gorro. ¡Lo que vamos a divertirnos!

ANTOÑITO.—*(Preocupado.)* ¿Divertirnos? ¿Divertirme yo?

TERESA.—¿Qué te pasa, papá?

ANTOÑITO.—¿A mí? ¿Pasarme a mí? ¡Qué tontería! ¡La co-
ida, la comida, a escape! ¡Hay que reír, hay que reír!

MERCEDES.—*(Mirando hacia donde marchó Chon, con hostili-
dad reconcentrada.)* ¿Qué querrá esa mujer? ¿A que habrá ve-
do esa mujer?

*(Salen todos en farándula, cantando al compás de la música
del gramófono, que lleva PEPA. Se adornan con gorros de co-
lón y de papel de periódico; enarbolan plumeros, escobas,
lectera, y fingen en fila un grotesco desfile militar. El único
ue no comparece es don Antonio. TERESITA sostiene u mamá*

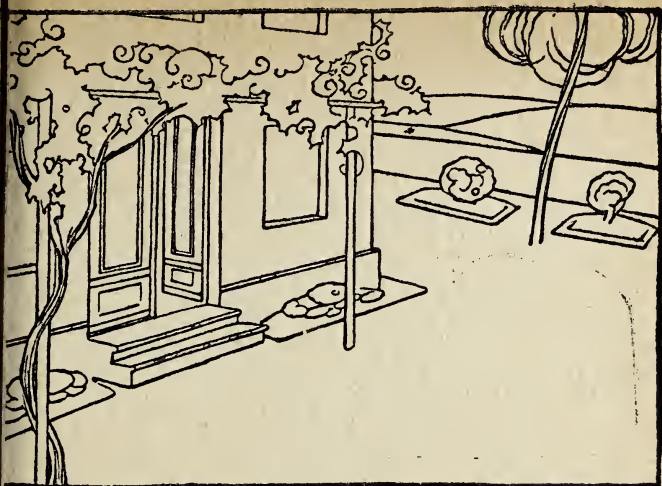
HOETENSIA, que se envuelve en un tapete o colcha. RELETÚA, que es el último, enfadado, a regañadientes, tocando un tambor. Todos rodean a Antofilo cantando con gran alegría y dirigen al comedor, excepto Reletúa, que se va hacia la puerta de la calle.)

MERCEDES.—Pero tú, ¿dónde vas? (Se detienen todos a la puerta del comedor.)

RELETÚA.—(Indignado.) ¡Ené badá! ¡A esperaros al maní ya me voy! ¡Dónde ya vendréis todos! (Gran algazara.)

TELON





ACTO TERCERO

fachada del hotelito por el lado del mar. Al foro, limitada por empalizada, la carretera que rodea a la finca. Delante de la fábrica, un emparrado que ocupa buena parte de la escena. La empalizada es practicable. Es al atardecer.

TERESITA está leyendo un libro. Entra LEONARDO, que viene de la carretera.)

LEONARDO.—¡Cufiadita!

TERESITA.—¡Ah! ¿Ya has vuelto? Escaparte tan de prisa...

LEONARDO.—Un encargo de tu padre.

TERESITA.—¿Y por eso no pudiste acabar de almorzar? A todos nos extrañó mucho que sin tomar café, sin apenas probar postre, salieras huyendo.

LEONARDO.—¿Qué iba a hacer?

TERESITA.—Hombre, en una comida casi de esponsales, cuando te autoriza hasta a tutearnos y se habla de cómo ha de ser pulsera de pedida de Merceditas, me parece a mí que no ría tan urgente lo que tenías que hacer.

LEONARDO.—Urgentísimo.

TERESITA.—Perdóname que lo dude. Más importante era el asunto al lado de tu prometida...

LEONARDO.—Ya te digo que no fué cosa mía. Tu padre pidió que le tomase dos billetes para el expreso de esta noche con un apresuramiento que, la verdad, por poco tengo que irme sin sombrero.

TERESITA.—¡Oye! Pero... ¿cómo? ¿Dos billetes para el expreso? ¿Para qué expreso?

LEONARDO.—Hendaya-París.

TERESITA.—¡Ay, Dios mío!

LEONARDO.—¿Qué?

TERESITA.—¡Ay! ¿No será que se nos va, que se nos marcha otra vez?

LEONARDO.—Eso creo; pero... ¿qué mal hay en ello?

TERESITA.—Mal, quizás lo haya en dejarnos, en abandonar otra vez, ahora que habíamos probado a estar tranquilos querernos, a salvarle; ahora que éramos de verdad una familia y no una tribu. Pero mal lo hay seguramente en que no va solo. ¿No has tomado dos billetes?

LEONARDO.—Sí.

TERESITA.—Entonces... ¿Para quién es el otro?

LEONARDO.—Para ti...

TERESITA.—¿Lo tomas a broma?

LEONARDO.—Digo para ti, para Mercedes, para papá Antonio para Reletúa, qué se yo...; para alguien de la casa.

TERESITA.—No; el corazón me dice que estamos amenazados de otra desgracia. ¡Este papá, este papá!... ¡Dios mío, perdame si pienso mal de él, pero es exceso de cariño!

LEONARDO.—El mismo nos lo dirá; no te preocupes. ¿Y Mercedes?

TERESITA.—Se ha ido al hotel de al lado a buscar a Pepa. También salió como un cohete. No sé lo que ocurre hoy. Mercedes, papá, todos andáis de un lado para otro como los bellinos. *(Entra MERCEDES por la cancela de la empalizada, da a la carretera. Viene apresuradísima con un paquete de cartas en la mano.)*

MERCEDES.—¡Teresa, Teresa! ¡Ah! ¡Estás aquí, Leonardo! Me alegro; tú eres ya de la familia.

TERESITA.—¿Es algún misterio?

MERCEDES.—Y tan misterio. Aquí tienes las cartas traducidas. Pepa las ha leído todas y ha ido apuntando lo más importante.

LEONARDO.—¿Qué cartas?

TERESITA.—Una tontería de Mercedes; un atrevimiento suyo. Encontró esas cartas en el maletín de papá. Le chocó la firma, la letra era de mujer... Y ya ves lo que ha hecho.

LEONARDO.—¡Mercedes!

TERESITA.—No se lo tomes en cuenta. Es una indiscreta.

MERCEDES.—Sí; soy una indiscreta, una fisgona, una malcada; no tengo ni pizca de sensatez, lo que quieras; pero, gracias a mí, nos enteramos de que va a ocurrir una catástrofe.

LEONARDO.—¿Nada más?

TERESITA.—Supongo que no querrás colocarnos el texto de las actas. Eso no puedo consentirlo...

MERCEDES.—Me callaré el texto y os diré la sustancia.

TERESITA.—¡Mercedes! Vas a hacer que me enfade.

MERCEDES.—Y tú vas a hacer que papá se pierda.

LEONARDO.—Perdona, Teresa, pero si es tan grave el asunto que debíamos enterarnos; además, se han enterado ya... y Pepa.

MERCEDES.—Me da igual vuestra opinión. Yo lo que quiero salvar a papá; salvar a mi padre. No soy una egoísta.

TERESITA.—Eso lo dices por mí: es un insulto. Yo no tengo nada de egoísta. Soy capaz de tantos sacrificios como tú.

MERCEDES.—No pretendo discutir. *(A Leonardo. Teresa se levanta disgustada.)* Se trata de una mujer que es amiga..., una amiga íntima de mi padre. Está casada y tiene un hijo, un hijo ya mayor, de diez años. Mi padre y ella, en la Argentina fueron..., bueno, tuvieron un idilio, pero un idilio romántico sin consecuencias, un flirt bastante aumentado, casi un amor... Papá huyó, volvió a España, a nuestro lado, y ahora me dejó a una mujer...

TERESITA.—*(Que se ha ido acercando insensiblemente por el lado de la narración.)* ¿Es la de esta tarde?

MERCEDES.—Es Chon. Viene a llevárselo... Ella lo abandona todo; se olvida de su hijo, de su marido..., arrastra a la perdición a papá. *(Pequeña pausa.)*

LEONARDO.—Sí que es grave... Y ahora relaciono yo esa vida con su encargo. Me ha mandado que compre dos billetes para el expreso de París de esta tarde.

TERESITA.—*(Cae desfallecida en una silla.)* Nuestro destino es que seamos siempre desgraciados. Por un amor como éste de una casada, papá tuvo que huir; nos arruinamos; casi se mató a un hombre... Había vuelto regenerado; éramos dichosos, y ahora... amenazándonos el adulterio y el crimen, otra vez a punto de caer el pobre papá en pecado mortal... *(Llora.)*

LEONARDO.—Tranquilízate. Vamos a estudiar lo que se puede hacer... Pero si nos dejamos abatir no discurriremos a desgracias...

TERESITA.—*(Abrazando a Mercedes.)* ¡Hermana, hermana! Tú eres más fuerte; tú que sabes más que yo del mundo y de

la vida, sálvale tú, salva a papá, al pobre papá. (*Sigue rando.*)

MERCEDES.—Tienes razón, Leonardo. Tranquilízate. Tenlor. Si nos ponemos así estamos perdidos.

TERESITA.—Dios mandó a papá, no lo dudes, para que te vasa a ti... Ahora, ¿cómo vamos a salvarle nosotras a él?

LEONARDO.—Y es urgente discurrir algo. Tened en cuenta que sólo faltan horas para que se marche.

MERCEDES.—Lo primero es enterarnos de dónde está. Tú sueltas los billetes. Inventas que no había... Cualquiera cosa.

LEONARDO.—Quizá haya dado a los criados algún recado nos oriente.

MERCEDES.—Llama a Reletúa, a ver.

TERESITA.—Yo iré a buscarle. Quiero encerrarme en mi cua y rezar. No os sirvo para nada. Confío en vosotros. (*Mut*

MERCEDES.—Pues sí que tenemos en ti un alivio.

LEONARDO.—¿Qué quieres que se la ocurra más que rezar? casi una monjita.

MERCEDES.—Divertida casa ésta. Los abuelos por un la papá por otro y la monja por su parte, me traen a mal tra. Menos mal que ya me queda poco, ¿verdad? Porque nosotros somos más valientes.

LEONARDO.—Y más sensatos.

MERCEDES.—Lo que peor veo es lo de mi hermana. No acostumbro a la idea de que se pudra en un convento.

LEONARDO.—¿En plena juventud; habiendo tantas cosas hermosas en la vida!

MERCEDES.—Algo daría yo por rescatarla, por salvarla a e también; pero eso sí que es imposible. (*Aparece RELETÚA, q sale de la casa.*)

RELETÚA.—Ya explicarás con hermana qué te haces; llorando se entró.

LEONARDO.—Oiga, buen Reletúa.

RELETÚA.—¿Bueno que te llaman? Algo que te quieren.

MERCEDES.—Déjate ahora de pamplinas. Vamos a ver, ¿a te ha dicho algo mi padre?

RELETÚA.—¿Esta tarde al salir? Decir, ya dijo.

LEONARDO y MERCEDES.—¿Qué te dijo?

RELETÚA.—Yo las buenas tardes le di: Arratsalde on dezate Y él me contestó: Buenas te las tengas. Y hacia empalisa que se fué.

LEONARDO.—¿Se fué?

RELETÚA.—Sí, hacia empalísada. Pero se volvió y hablamos

MERCEDES.—A papá le sucede una cosa muy grave. Por e lloraba la señorita Teresa y por eso te pregunto yo. De me

contesta a lo que te pregunto, si es verdad que quieres a á.

RELETÚA.—Como querer, ya quiero, y porque quiero te digo. Pero él me dijo: si me quieres, nada digas. Y como le quiero, no puedo desir, porque si te digo, no le quiero.

LEONARDO.—Resultado..

RELETÚA.—Que no quiero.

MERCEDES.—Estamos arreglados.

RELETÚA.—¿Comprender asierto que tú dices que sucederle o puede?

MERCEDES.—Algo gravísimo.

RELETÚA.—¿Enfermar?

LEONARDO.—Peor.

RELETÚA.—¿Romper pierna o cabeza?

MERCEDES.—Peor. Morirse.

RELETÚA.—¿Me cas!... Entonses ya te diré. Pero ¿tú juras e morirse puede?

MERCEDES.—Sí, hombre, sí; despacha.

RELETÚA.—Pues que cuando automóvil pasase falda de moncon señora, le avisaría.

MERCEDES.—¡Ah, van a venir a buscarle!...

RELETÚA.—Pantasma que te estuvo en comiendo, pantasma e te vuelve en automóvil. Ahí bajo quedará. Y yo de sentirla me estoy. Entonses aviso y que te sale tu padre como digo.

LEONARDO.—Está claro el asunto.

RELETÚA.—Pero no desirle que dije. Desirle que por casualidad visteis, porque a ti te creerá a ojos que sierras.

MERCEDES.—Bueno, puedes ir y ponente al acecho. De cenuela. Y no olvides que antes de hacer lo que te mande mi dre, tienes que decírnoslo a nosotros. De lo contrario, a pá le sucederá algo tremendo. Corre peligro su vida.

RELETÚA.—Asustado estoy (*Yéndose.*) Fantasmas y eroas. Ya están locos. Y todos con precaución. ¿Cer esan nai du orrec? *Face mutis por la cancela de la empalizada y se supone que esciende por la carretera.*)

MERCEDES.—(*Nerviosa, estrujando las cartas.*) Esa mujer es na infame. No concibo cómo se puede hacer eso. Escribía esas cartas en inglés por si caían en manos del marido, atribírselas a otra. Mira, mira lo que dice. (*Le va a enseñar una carta.*) Pero no..., no lo mires, porque luego mis cartas te an a parecer sosas.

LEONARDO.—Tus cartas son de la mujer que yo quiero, y estas...

MERCEDES.—Discorre, tú que tienes imaginación. Estaría graloso que te pasases la vida inventando problemas en verso

y ahora no supieras qué hacer ante un problema en pro
LEONARDO.—Yo creo que lo más indicado es tener una
plicación con tu padre, obligarle a desistir. Hay que proceder
como hombres.

MERCEDES.—Es libre y nosotras somos sus hijas.

LEONARDO.—Entonces, don Antonio... Con su genio.

MERCEDES.—No digas tonterías; mi padre no le hace caso.
Y ya sabes lo que dice: en la vida, suavidad, ingenio para
perar los obstáculos.

(Aparece MR. LA ROCHE, de sombrero ancho, y PEPA y CHICHITA vestidas con el uniforme de "apache"; es decir: traje negro, despeinadas, delantal rojo y un lazo, también rojo, cuello.)

LA ROCHE.—¿Se puede hacer el paseillo en esta casa?

MERCEDES.—(Aparte.) ¡Lo que nos faltaba! (Alto.) Adelante... Pero Pepa, Chichita, ¿cómo vais vestidas así?

PEPA.—Ya te he dicho antes que íbamos a la fiesta del Kursaal. Baile hasta la madrugada.

MERCEDES.—(Aparte a Pepa.) No digas nada de lo de las cartas.

PEPA.—(Aparte.) Descuida, mujer; ni que yo fuese una
genua de veras.

CHICHITA.—¿Cómo nos encuentras?

LEONARDO.—Preciosas.

LA ROCHE.—Pero ¿de qué van vestidas?

PEPA.—De algo de su tierra de usted. De apaches de París.

LA ROCHE.—¡Oh, ja, ja, ja! (Ríe.) Luego ustedes los españoles dicen que nosotros haremos de la espagnolada. Pego ustedes hacen de la francesada. Eso no lo hubo en París jamás de la vida.

MERCEDES.—Pues usted tampoco se anda por las ramas. En San Sebastián, y de sombrero ancho.

LA ROCHE.—Perdón. En San Sebastián, no; en Bayona, en Bayona. Yo vengo de una corrida y he asistido a una reunión que será decisiva para la tauromaquia.

(Salen DON ANTONIO y mamá HORTENSIA a la puerta de la casa.)

DON ANTONIO.—¡Tanto bueno!

HORTENSIA.—Felices, señores. ¿Están ustedes al aire libre? No sean atrevidos, que pronto hará relente.

LA ROCHE.—Señoga, don Antonio. (Saludos.)

DON ANTONIO.—Pero estas niñas, ¿qué llevan?

HORTENSIA.—Sí, es curioso. ¿Acaso una moda nueva para trajes de noche?

PEPA.—Es para la fiesta del Kursaal. Asisten tres príncipes extranjeros.

CHICHITA.—Y el Cuerpo diplomático.

LEONARDO.—Y dos ministros.

HORTENSIA.—Entonces no me explico cómo vais de delantal.

PEPA.—Ni nosotras tampoco; pero hay que ir así.

CHICHITA.—Es que a la fiesta la llaman Danza Apache y tiene ese carácter. Los hombres irán como los ratas de *La an Vía*.

DON ANTONIO.—No me explico esa ordinariez.

MERCEDES.—Es que, digan lo que quieran, las gentes de arriba cuando quieren divertirse, tienen que hacerlo como las de abajo. Organizan una verbena, una buñolada, una fiesta apache, una becerrada. En fin, se divierten como lo que ellos llaman gentuza, pero para elegantizarlo le dicen *canaille*. Así resulta la diversión más libre.

PEPA.—Y más económica.

HORTENSIA.—¿Y usted también va, monsieur La Roche?

LA ROCHE.—No, señoga. Yo me invito a cenar con ustedes y les haré la tertulia. Les traigo un *compte-rendu* fotográfico de lo sensacional que se prepara en el togeo. (*Saca postales las distribuye.*)

DON ANTONIO.—¿Quién es este torero?

LA ROCHE.—Un togego francés, el primer gran togego de la época.

PEPA.—Pero si tiene bigote.

LA ROCHE.—¿Eso qué impogta? Nosotros los franceses vamos a refogar los togos. A los togos españoles les falta *charme*, les falta elegancia y modernidad. Eso es lo que van a crear las cogidas francesas. Y paga eso contamos con este togego.

MERCEDES.—¿Cómo se llama?

LA ROCHE.—Se llama Charles Philippe Louis Bonefon d'Atay Carrière La Rochefoucauld de Pierrefonds.

CHICHITA.—Pero eso es muy largo para el cartel.

LA ROCHE.—Todo lo tenemos previsto. Así como aquí hay el Esparterito, o que trabaja los espartos, y el Lagartijillo, que coge lagartijas, nosotros, como este togego era agricultor, le vamos a llamar el Petit-Poi.

DON ANTONIO.—El guisante,

LA ROCHE.—No, señog. El guisantito. ¿Acaso ustedes no tienen el Patatego, que cultiva las patatas?

MERCEDES.—Avíseme usted cuando dé la primera corrida. Eso no me lo pierdo.

PEPA.—Yo, en vez de mantilla y claveles, llevaré el pelo al rape y monóculo. ¡Progresiva que soy!

HORTENSIA.—Voy dentro; chicas, ayudadme a preparar a cena.

LA ROCHE.—Va a tomar alguna cuchagada de medicina, ¿es eso?

HORTENSIA.—No, señor. Ahora practico el método natural. No como más que tomates. Es maravilloso. He empezado hoy, y me siento fuerte y joven.

PEPA.—(A Mercedes.) Tened cuidado esta noche; a lo mejor tu madre se pone a cantar como los grillos.

MERCEDES.—Déjala. ¡pobrecilla!

(*Entran todos, menos don Antonio y monsieur La Roche*)

DON ANTONIO.—Yo también me voy dentro. No quiero estar aquí cuando venga...

LA ROCHE.—¿Quién?

DON ANTONIO.—Antoñito.

LA ROCHE.—¿Qué le pasa? ¿Otra vez refidos?

DON ANTONIO.—Es escandaloso. Me pospone a Leonardo, obliga a dar el consentimiento a la boda, se marcha otra vez. No me da cuenta de nada: ni de proyectos, ni de situación financiera. He pasado a la categoría de trasto viejo... No quiero, no quiero verle.

LA ROCHE.—Es que no se entienden ustedes. Desgraciadamente, entre las generaciones hay una incomprensión abismal. Usted no entiende a Antoñito. Él a sus nietos no entenderá tampoco.

DON ANTONIO.—Ya sé que tengo yo la culpa. Todos ustedes son aliados suyos... Y ha de saber usted, como lo sabe él cuando sea necesario, que aquí ha de hacerse lo que mande; porque si él es el padre de las niñas, yo soy el padre de Antoñito. La autoridad mía es la indiscutible.

LA ROCHE.—Pero, don Antonio...

DON ANTONIO.—Déjeme en paz. (*Mutis a la casa. Monsieur La Roche se queda indeciso un instante. Aparece ANTOÑITO por la cancela de la valla. Es otro. Está abatido, aplastado. Hasta parece que ha envejecido. Triste, seco, sombrío.*)

ANTOÑITO.—(Nervioso.) ¡La Roche! Le he estado buscando toda la tarde. Necesito dinero. Todo lo que tenga en su Banco.

LA ROCHE.—Buen saludo. ¿Cómo está usted?

ANTOÑITO.—Perdone. Estoy muy preocupado. (*Le abraza*) Ya sabe que le quiero.

LA ROCHE.—¡Ah, picaro; algo pasa!

ANTOÑITO.—¿Cuánto tengo en la cuenta corriente?

LA ROCHE.—Tenía usted en la cuenta corriente unos dos mil duros. No llegaban. Cincuenta y siete o cincuenta y ocho mil pesetas...

ANTOÑITO.—¿Las tiene ahí? No, ¿verdad?

LA ROCHE.—Pero como le ha dado un cheque de cincuenta mil...

ANTOÑITO.—¡Ah, es cierto! A Leonardo. Para que se casa-
ra, me fingí rico.

LA ROCHE.—Y ahora usted no dispone de casi nada. ¡Anto-
ño, Antoñito! Lo del dinero es lo de menos. ¡Sapristi! No
há la primera vez que le abro crédito en mi casa...

ANTOÑITO.—No son angustias de dinero. Me río de él porque
ganarlo... Son angustias... Se va usted a reír de mí... Son
angustias del corazón.

LA ROCHE.—(Conmovido, pero afectando escepticismo.) Ro-
mesque... Siempre tan novelesco...

ANTOÑITO.—Sí, señor. Y ahora más que nunca. Pero héroe
folletín melodramático. Una mujer, casada, que viene desde
Argentina buscándome... Un marido de gran carácter, de
los siempre dispuestos a todo. Un marido de Calderón... Y
esto es lo verdaderamente terrible, empujado, metido en
aventura a disgusto; porque si no me voy con ella, no sé
qué hacer.

LA ROCHE.—Entonces, si usted no lo sabe, permítame que
yo se lo diga: No se marche... Dele "una larga" a la señora
a. Sobre todo con un marido marrajo como el que tiene,
que es capaz de cogerle a usted al primer pase.

ANTOÑITO.—Esa mujer me arrastra, pero yo voy sin oponer
resistencia. Si ella me lleva, los míos me arrojan de aquí.

LA ROCHE.—¿Cómo es eso? Todos los suyos le quieren.

ANTOÑITO.—No, La Roche. Al llegar aquí encontré la sim-
patía, la cordialidad, si usted quiere; pero no el cariño en-
cañable que yo buscaba. Yo soy un ajeno aquí. Por eso me
voy con esa mujer, como me iría con otra cualquiera.

LA ROCHE.—Veamos, veamos. No tiene usted razón. Su ma-
dre es una santa.

ANTOÑITO.—Por eso está siempre en el quinto cielo y no en
la tierra, para luchar contra las intransigencias y los des-
potismos de mi padre. Yo no me entiendo con mi padre.
La eterna historia. Le quiero, reconozco sus virtudes acriso-
ladas, pero... Mi vida de una vez, por mi padre, sí; gota a
gota, no... No sé si soy un descastado; pero sin las rebel-
lías de los hijos y de los pueblos no existiría el maravilloso
plus ultra de la Humanidad...

LA ROCHE.—Antoñito, ¿y las niñas?

ANTOÑITO.—¿Las niñas? De sobra sabe que eran mi ilu-
sión. Por ellas vine, por ellas vivo; llegué, y... (Con amargu-
ra.) me iban a malcasar a mi Mercedes. Arreglé eso. Pero mi
Merceditas se me casa con Leonardo, se va.

LA ROCHE.—Queda Teresa.

ANTOÑITO.—¿A quién le queda Teresa? ¿A mí? No. Es la
más ajena a mi afecto. Dentro de poco ni siquiera tendré

hija. ¿Qué voy a hacer yo en esta casa? Mis dos hijas estarán en ella. Mi madre, como si no estuviera; mi padre amargándome la vida.

LA ROCHE.—¿Y si no viviera usted en esta casa? Podría estar cerca, pero independiente.

ANTOÑITO.—Para vivir solo, sin familia, ¿qué más da vivir en San Sebastián que en Túnez? El cuarto de hotel es el mismo en todas partes: un número. Volveré a ser el señor del 112, del 995. O pondré nuevamente casa: una de esas casas que lo mismo que se ponen se quitan. ¡La de muebles que yo habré comprado en mi vida! ¿Cuándo tendré mi domicilio fijo? Únicamente cuando me muera. Créame, La Roche; lo mejor es llevar anclas. Navegar, navegar...

LA ROCHE.—¿Y con qué rumbo? ¿América?

ANTOÑITO.—O Asia, o Africa. Aun no lo sé. ¡Qué importa! Bueno. La Roche, yo me marcho esta misma noche. Le pondré un telegrama, y usted me gira a París... Todo lo que pide, todo lo que quiera. Y mi gratitud de por vida... Adios. *(Se abrazan emocionados. Monsieur La Roche entra en casa.)*

LA ROCHE.—*Pauvre garçon!*

(Sale TERESITA de la casa.)

TERESITA.—Papá, sé que te marchas.

ANTOÑITO.—No lo he ocultado.

TERESITA.—Una hija no debe intervenir en las decisiones de su padre... Pero si me lo permites...

ANTOÑITO.—Yo lo permito todo.

TERESITA.—Mi conciencia me dicta que debo advertirte de los peligros que tiene la vida.

ANTOÑITO.—¡Bah! ¿Un sermoncito?

TERESITA.—No lo echés a broma, ni adoptes el tono profano. Es este un momento grave. Te hablo porque querría convencerte de lo que en un caso como el tuyo ordena la religión.

ANTOÑITO.—¿Quieres saber lo que ordena la mía? Yo tengo la religión de San Pablo: "La fe sin obras, muerta es." No dirás que San Pablo era un impío... Yo no puedo ver tristezas ni amarguras a mi lado sin tratar de aliviarlas. No soy capaz de apartarme del que sufre o peliga, por no compartir su peligro a sus sufrimientos.

TERESITA.—Eso es un reproche a mi vocación.

ANTOÑITO.—Perdona, hija mía. No quise aludir a nada. Pero te juro que el egoísmo ajeno me subleva y me irrita. Hay tanto dolor en el mundo, que nadie debe pensar sólo en sí, sino en el dolor de los demás. Quien se acerca a mitigar la sed de un semejante, está más cerca de Dios que el otro que cómodamente le volvió la espalda e implora al cielo por

- le abran sus puertas. Mi religión no es la tuya, Teresita.
- TERESITA.—Me afliges, papá; porque eres bueno y no me es la vida de Caín.
- ANTOÑITO.—¡La vida de Caín! Y sin embargo Caín trabaja para que viváis vosotras.
- TERESITA.—Perdóname si me he extralimitado. Pero yo es-
dispuesta a ser una hija obediente; haré lo que me man-
... , a cambio de que salves tu alma.
- ANTOÑITO.—Gracias, hija mía. Nada necesito. Adiós. (*En-
en la casa.*)
- TERESITA.—(*Llorando.*) ¡Pobre papá!
(*Salen MERCEDES y LEONARDO.*)
- MERCEDES.—No es hora de llorar, Teresita, sino de hacer.
- TERESITA.—Dices lo mismo que papá.
- MERCEDES.—Claro, somos iguales.
- LEONARDO.—¿Hablaste con él?
- TERESITA.—Le hablé como lo que querría ser suyo: como
a madre; porque a mí papá me parece un poco hijo mío.
he querido dar los consejos de una madre.
- MERCEDES.—Aquí no hace falta una madre, sino una mujer.
- LEONARDO.—La madre es blandura, tolerancia y disculpa
para los hijos.
- MERCEDES.—Y lo necesario ahora es una mujer enérgica, de-
lida, que corte por lo sano.
- TERESITA.—Quizás tengáis razón. Quizás en la vida lo úni-
que valen son los actos.
- LEONARDO.—No te quepa duda. Te lo dice un poeta.
- TERESITA.—Pero ¿qué vamos a hacer las mujeres? Somos
las pobrecillas al margen de las cosas.
- MERCEDES.—¡Cá! ¿Sabes la diferencia que hay entre una
mujer y un hombre? Pues que la mujer es un hombre más
to. Y ahora, déjanos. Vete a tus habitaciones y reza. Reza
apártate, ya que no quieres nada con la vida. (*Teresa entra
la casa, triste.*)
- LEONARDO.—Has estado un poco dura.
- MERCEDES.—Me irrita su monjío, como nos irrita a todos.
demás, la he echado porque estorbaba para mi plan.
- LEONARDO.—¿No será muy atrevido?
- MERCEDES.—¡Cómo se conoce que no eres mujer! Ya verás
como no. Es un plan inspirado en las teorías de mi padre.
- LEONARDO.—En fin, con tal de conseguir que no se marche...
estoy en ascuas.
- (*Por la empalizada aparece RELETÚA y se acerca con mis-
terio a Mercedes.*)
- RELETÚA.—¡Su!...
- MERCEDES.—¿Ya?

RELETÚA.—Ya te la tienes. Que avise padre, dice. Auto
vil trae.

MERCEDES.—No le digas nada a mi padre. Y a esa señ
dale este recado. Pero fijate bien.

RELETÚA.—Todas orejas me pongo.

MERCEDES.—La dices: el señor me ruega que se moleste
ir un momento a su casa.

RELETÚA.—Bien.

MERCEDES.—Repítelo.

RELETÚA.—Señor dise que te molestes y a casa que te su

MERCEDES.—Muy bien; corre. *(Sale Reletúa.)*

LEONARDO.—Te dejo sola. Me quedo en el vestíbulo.
cuanto te oiga hablar en tono más fuerte, salgo.

MERCEDES.—¡Bah! No pasará nada.

LEONARDO.—No estoy tranquilo.

MERCEDES.—Te llamaré si me haces falta.

LEONARDO.—*(Le estrecha y le besa la mano.)* Estoy ahí
*(Entra en la casa. Mercedes se prepara y acicala, como
esperase a un hombre. Al instante aparece CHON a la pue
de la empalizada. Lleva traje de viaje propio para el auto
vil. Abre la cancela; entra en el jardín, sin ver a nadie. M
cedes. que se había apartado y como ocultado, sale a su
cuentro.)*

MERCEDES.—Señora.

CHON.—Señorita...

MERCEDES.—Yo la mandé llamar...

CHON.—No comprendo.

MERCEDES.—Voy a explicárselo en el acto. También voy
decirle quién soy. ¡La espera a usted una sorpresa tan grand

CHON.—Hasta ahora, sí es sorprendente.

MERCEDES.—Sabrá usted que Antoñito ha venido a casar

CHON.—¿A casarse?

MERCEDES.—Precisamente.

CHON.—No, no sabía que el señor Falcón se casara...
más: lo dudo.

MERCEDES.—Pues no lo dude usted oyéndolo de mis labl
Porque ya habrá usted adivinado quién soy.

CHON.—Sí.

MERCEDES.—Soy la novia, la prometida de Antoñito; ¿I
qué se ríe usted?

CHON.—Es tan inocente el engaño... Y se parece usted ta
to a él... No sólo en la cara...

MERCEDES.—Bueno; está bien. Soy su hija, la mayor; M
cedes.

CHON.—Por muchos años.

MERCEDES.—Por todos los que usted nos deje.

CHON.—¿Yo?

MERCEDES.—Usted. Si usted se lo lleva, Teresita y yo nos quedamos sin padre. ¡No nos lo quite, se lo suplico!

CHON.—(Irritada.) ¡Ni que viniera yo con un lazo! El me quiere porque quiere, porque me quiere...

MERCEDES.—¡Qué sé yo!

CHON.—Lo sabe él. Si usted no puede hacerlo, que un criado avise de mi presencia a su padre...

MERCEDES.—Yo le ruego que se marche, que renuncie a él.

CHON.—Nada. Me vuelvo al automóvil. Ya vendrá. (Da media vuelta. Mercedes la detiene.)

MERCEDES.—Debo advertirla que están en mi poder sus cartas...

CHON.—¿Qué cartas?

MERCEDES.—Sus cartas de amor a papá, que son..., vamos, que son una obra maestra de... frescura y de ligereza conyugal. Y si usted sigue persiguiendo a mi padre...

CHON.—(Sarcástica.) ¿Le manda usted esas cartas a mi marido? Pues certifíquelas, no vayan a perderse. ¿Qué puede importarme un marido del que huyo, que no volveré a ver?

MERCEDES.—Claro, no le importa a usted.

CHON.—No; ni me impresionan sus argumentos de niña.

MERCEDES.—Tenga usted sus cartas. (Se las entrega. Chon las toma.) Esto no quiere decir que me haya usted convenido y le permita que se lleve usted a mi padre...

CHON.—Su padre es un hombre libre.

MERCEDES.—Sí, señora. Y usted una mujer... lo mismo.

CHON.—¡Señorita!

MERCEDES.—(Con vehemencia.) Y a mí no me da la gana de usted, que una mujer como usted, pierda a mi padre... No crea usted que me importa mucho que sea usted casada, o no. Eso a quien horroriza es a Teresa. A mí lo que me espanta es que... usted no le quiere.

CHON.—¿Qué dice? ¿Está usted loca?

MERCEDES.—En mis cabales, y más que nunca. Sé que no pasó nada que obligue a papá a seguirla a usted y que usted tiene a llevárselo porque sí, por soberbia, por venganza, para que él no se salga con la suya. Y eso, no...

CHON.—Tranquílese. Quiero a su padre. No entiende usted de amor.

MERCEDES.—Es usted quien no entiende. Basta ver cómo lo practica. Sabe de sobra que mi padre no la quiere, y, sabiéndolo, viene a buscarle. Está usted loca o es usted... perversa. Se lo lleva para hacerlo sufrir, para acabar con su vida.

CHON.—Usted se lo dice todo, señorita. Se forma usted una idea quimérica de las cosas y las confunde con la realidad.

MERCEDES.—¿Acaso no es una realidad que abandona us a su hijo y hace que nuestro padre nos abandone a y otras? Vea el ejemplo de lo que ocurre en esta casa y pie en lo que pasará en la suya cuando usted se marche er momento en que más falta le hace a su hijo, dejándole p toda la vida la amargura de saber lo que ha sido su madr No, eso no lo perdona nunca un hijo... Y nosotros, los hi tenemos derecho a todos los sacrificios de los padres. Los jos mandamos. Yo, la hija de su amante de usted, la ma a usted que renuncie a esta locura; pero no por mí, sino interés, en nombre de su propio hijo.

CHON.—Esos son asuntos míos. Y no tolero a usted ni p palabra más. Es usted una chiquilla...

MERCEDES.—Sigue usted creyéndolo... Va usted a cono me como mujer... Ahora mismo voy a gritar para que v gan todos, y delante de todos voy a decir que no es él, no es mi padre el que la busca y la persigue; que es us la que va detrás de un hombre que no la quiere... Piense dentro de un instante ese hombre la rechazará delante de dos; piense en la vergüenza y el ridículo que va usted a rrer y en que va a llorar las peores lágrimas que puede rar una mujer: las de la humillación.

CHON.—¿Será capaz de eso su padre? No, no. Esa es u nueva insolencia de usted.

MERCEDES.—Yo no me hubiera atrevido a decirla nada no me lo hubiese ordenado mi padre. Compréndalo.

CHON.—¿Es su padre quien la ordenó que me tratara a

MERCEDES.—Quien me ordenó que la dijera la verdad. se marcha con usted.

CHON.—Sí; hubiese sido demasiado atrevido en usted nerse delante de mí a disputar de cosas en que no debe m clarse una hija. ¡Se lo ha ordenado su padre! Ahora lo v No se atrevió él cara a cara, con lealtad, y usted se ha cargado, delicadamente, de insultarme. Les felicito por la e boscada. Digna hija de tal padre. ¡Puaf! *(Sale.)*

(Sale ANTOÑITO, al que trata de contener LEONARDO.)

ANTOÑITO.—¡Espera, Chon! *(Va a salir tras ella.)*

MERCEDES.—*(Interponiéndose, ayudando a Leonardo a de ner a Antoñito.)* No tiene que esperar. Tú aquí, quietecito. estás libre de ella.

ANTOÑITO.—Pero, Mercedes, ¿qué has hecho, qué ha pasad

MERCEDES.—No te preocupes; la cuestión es que no volve ¡Qué, soy lista?

ANTOÑITO.—*(Abrazándola, conmovida.)* ¡Hija mía!

MERCEDES.—¡Papá!

LEONARDO.—(A Mercedes.) Me sorprendió, y tuve que decir-
te estabas con ella...

ANTOÑITO.—Adivinaste el estado de mi alma. No quería a
mujer, y marcharme con ella era poner un punto final trá-
a mi vida.

MERCEDES.—(Conmovida.) ¡Papá!...

ANTOÑITO.—Pero ¿qué iba a hacer? No podía contar con el
to de nadie. Mejor dicho: consideración, afecto, sí; pero
ño hondo, cariño del alma no lo encontré en vosotras.

MERCEDES.—Te habías engañado. ¡Estoy más contenta, más
enta!

LEONARDO.—Ha hecho lo que yo hubiera hecho en su caso.

MERCEDES.—Ahora dale los billetes. Expreso Hendaya-París.
puedes romper, gracias a tu discípula.

ANTOÑITO.—(Ha recobrado su carácter alegre, apayasado,
lante.) Sí, señorita; discípula mía; pero aun te voy a de-
trar: que soy el maestro. (A Mercedes.) Traeme el abrigo
sombbrero, y tú (A Leonardo) trae esos billetes.

MERCEDES.—Pero... ¿no será que te marchas?

ANTOÑITO.—Obedecc. ¡Te lo manda tu padre! Es una idea
ial... Hazme el favor de avisar a Teresa. (A Leonardo.)

*Todos muy contentos, muy rápidos. Esta escena y las si-
entes, hasta el final, tendrán alegría desbordante o conte-
a, según la situación, pero alegría.* MERCEDES entra. LEO-
DO grita.)

LEONARDO.—¡Teresa, Teresa! Pero... ¿qué va usted a hacer?

ANTOÑITO.—Tú te callas. ¿Qué voy a hacer? Pero... ¿crees
esa ráfaga de pesimismo que ha pasado por mí podía durar
cho? ¡Mis hijas me quieren, Leonardo! Lo demás no tiene
ortancia. (Aparece MERCEDES con el abrigo de entretiempo
Antoñito y su sombrero americano. Se los pone.)

ANTOÑITO.—Ahora ya estoy otra vez caracterizado. Recojo
mi mano las riendas de la vida. Empezla la comedia. Vos-
os no tenéis que hacer más que estar tristes. (Sale TE-
A.)

TERESITA.—¿Alguno de vosotros me ha llamado?

ANTOÑITO.—(Hace señas a Mercedes y Leonardo para que
presenten bien su papel. Con voz emocionada.) Te he hecho
mar yo para despedirme de ti.

TERESITA.—Pero... ¿te marchas?

ANTOÑITO.—Sí, hija mía. Abrázame. Me voy. (Mercedes se
va el pañuelo a los ojos. Leonardo se deja caer en la silla
hunde la cabeza entre las manos.)

TERESITA.—Papá... (Vacilando.) Perdóname que te pregunte.

ANTOÑITO.—(Con sollozos.) Pregúntame, hija mía, pregun-
ne lo que quieras; pero date prisa que me están esperando.

TERESITA.—De eso quería hablarte. Esa persona que t...
pera... (Con un arranque.) Papá, no te vayas; no quiero;
perdición. Esa mujer te lleva al abismo, condenarás tu a
nos harás morir de dolor a todos. (Se abraza a él llorand...

ANTOÑITO.—(Guiñando un ojo a los otros. Leonardo as
la cara de risa entre las manos y Mercedes detrás del
ñuelo.) Sí hija mía; tienes razón. (Muy compungido.) E
demonio que me extravía y me condena a tormentos eter
Pero... ¿qué voy a hacer? No tengo a mi lado un espíritu fu
y sano. Mi hija, la mayor, se casa; mi hija, la menor,
podría salvarme, me abandona por salvarse ella. Sin un af
sin un sostén sentimental, prefiero irme en pos de ese
jismo, de ese amor infame, yo, que estoy sediento de a
santo y puro. Así moriré lejos de esta casa, donde ning
sois capaz de ceder un poco en vuestro egoísmo por lib
de una amenaza a vuestro padre.

TERESITA.—No, papá. Te engañas. Yo me sacrificaré por
(Al oír esto, Mercedes hace mutis; entra en la casa.) Mi
ción será grata a los ojos de Dios.

ANTOÑITO.—¿De veras?

TERESITA.—Sí, papaito querido.

ANTOÑITO.—(Ahora de veras emocionado.) Gracias, T
sita, gracias; tú serás mi Angel de la Guarda.

TERESITA.—Yo seré un poco como madrecita tuya, ¿quier
En el convento salvaría mi alma; junto a ti, salvaré tam
la tuya.

LEONARDO.—Por fin hablan sinceramente tus sentimientos.

ANTOÑITO.—(Alegre.) A eso le llamo yo la religión ver
dera. Pero (Mirando al reloj.) faltan veinticinco minutos.

TERESITA.—¿Para qué? (Aparece MERCEDES con el abrigo y
sombrero y el ejemplar de la Biblia.)

MERCEDES.—Ponte esto.

TERESITA.—(Aturdida.) ¿Que me ponga esto?

ANTOÑITO.—Porque nos vamos. (Enseñando los billete
Expreso de Hendaya. Mañana, a estas horas, en Paris.

TERESITA.—¿Y esa mujer?

ANTOÑITO.—Cuando se canse de esperar se irá a su casa

LEONARDO.—Toma la Biblia, para que la leas en el tren.

ANTOÑITO.—(Tirando de Teresita.) Aprisa, aprisa. (Abre
puerta de la cancela.)

TERESITA.—¿Sin despedirnos? ¿Cómo nos vamos a ir así?

ANTOÑITO.—Ya escribirás. No hay tiempo de dar explicac
nes, ni de besuqueros. ¡Andal!

TERESITA.—¡Adiós, adiós!

ANTONIO.—¡Adiós, hijos míos! (*Mostrando a Teresita.*) ¡Eh, tal? Mañana habrá aprendido a bailar el charleston. (*Se va.*)

LEONARDO.—¡Viva la vida!

MERCKDES.—(*Llamando.*) ¡Papá, mamá Hortensia! (*Aparece ELETÚA.*)

ELETÚA.—¿Qué te les sucede que se van?

LEONARDO.—Sí; la señorita Teresita renuncia a ser monja.

ELETÚA.—¡Ma cás!... Entonses hábito tendré que ponerme De morao, morao voy a elegir. (*Salen todós.*)

DON ANTONIO.—¿A quién llamabas?

MORTENSIA.—¿Qué sucede?

MODOS.—¿Qué es?

MERCKDES.—Papá se ha marchado a París; se lleva a Teresa, renuncia a ser monja.

MORTENSIA.—Pero... ¿están locos?

DON ANTONIO.—¡Sin decirme nada! Ese hijo me va a matar.

LEPA.—Tu padre os da a todos mil vueltas.

CHICHITA.—(*Acercándose a Mercedes, llora.*) Mercedes, tú me ha engañado. (*Llora más y se abraza a ella.*)

MERCEDES.—¿Cómo?

CHICHITA.—Sí; me dijo que a quien iba a llevar a París a mí.

MERCEDES.—(*A Leonardo.*) Pero... ¿tú ves esto?

LA ROCHE.—¡Romanesque!

MERCEDES.—(*Acariciando a la desconsolada Chichita.*) ¡Este papá!... ¡Este papá... es un hacha!

TELON



LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTIN DE PEDRO

Las obras más interesantes; las
de más prestigiosos autores; las
que más expectación hayan des-
pertado, las encontrará usted en

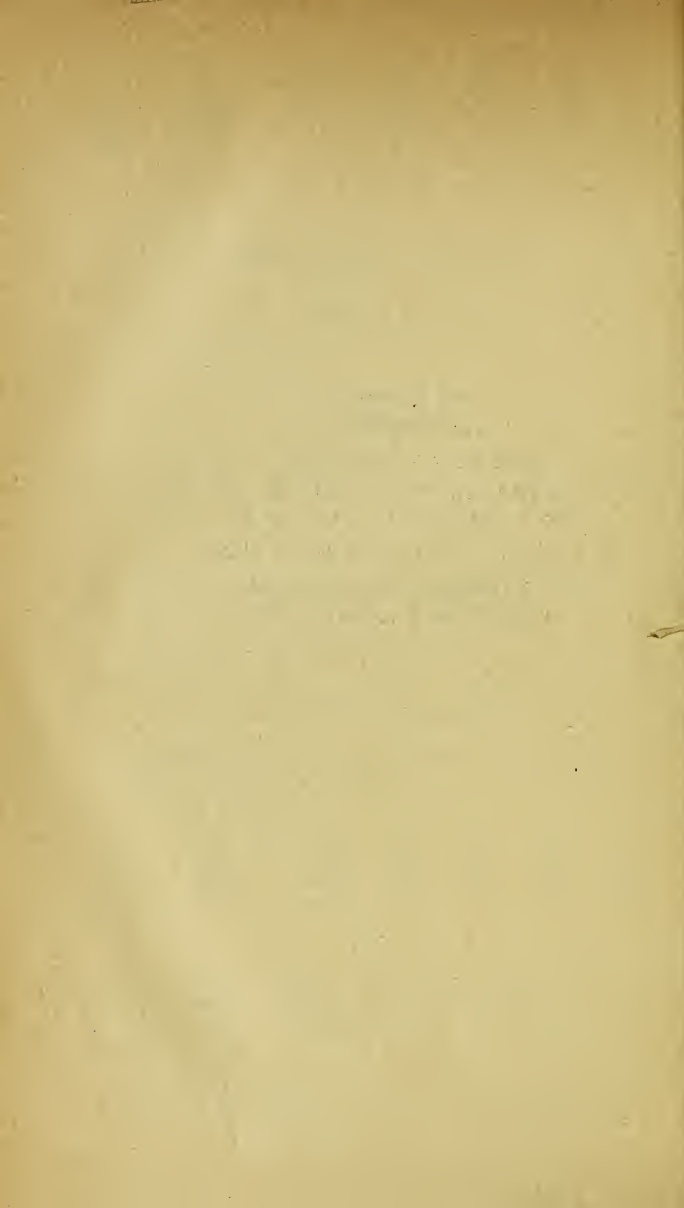
LA FARSA

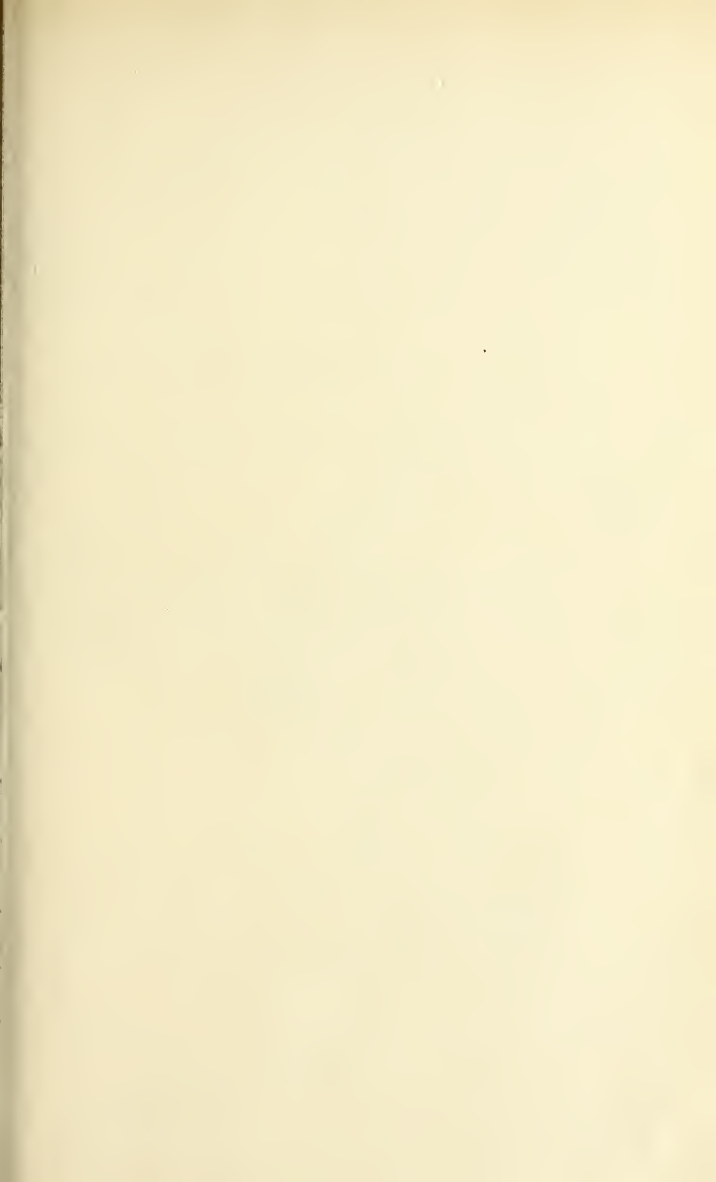
ADMINISTRACIÓN: RIVADENEYRA (S. A.)
SECCION DE PUBLICACIONES

Paseo de San Vicente, 20.—Madrid.

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTA EDICIÓN ESPECIAL
PARA EL REGISTRO DE
UNA MANO SUAVE
EN MADRID, A 23 DE MARZO DE 1929,
EN LA IMPRENTA RIVADENEYRA,
PASEO DE SAN VICENTE, 20.





Precio: 50 céntimos.